ANTOLOGIA DE POETAS ARMENIOS

POR

JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN

OBRA APROBADA Y EDITADA
POR EL
CENTRO DE ESTUDIOS ARMENIOS
DEL URUGUAY



MONTEVIDEO
IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE HERMANOS
CALLE CERRO LARGO, 783
1943

La Poesía Armenia

El arte universal de signos milagrosos, es la realidad de una belleza íntima y de una armonía aislada. Pero como por trocados caminos se crea otro que resume — con acentos de caracol marino — las virtudes de una sensibilidad pluralizada. Este, poesía o música, brota de raíces comunicantes y obedece a un clima moral y a un clima psíquico. Es floración que se fija en el tiempo y lo representa, o fermentación que, circunscripta a espacios, da ideas de espacios; pero tiene por esto de excluyente también, la época, y el regionalismo o el nacionalismo.

En algún momento de la historia de los pueblos, este arte es el que prevalece. Sea por dignidad o por ansiedad, el espíritu busca con frecuencia ese desfogue de la poesía, para dar su concepto o su grito de justicia o de libertad; y la poesía se vuelve así arriesgada señalación de normas, tal vez simpática insinuación, tal vez desembozada y heroica amenaza; y en días de atribulaciones, grito de congoja, o de odio en los de la fatal impotencia. La voz de todos se transforma entonces en voz de uno. Y el poeta, con algo de oficiante, canta con labios obedientes como cosas dictadas. Se está bajo la égida de acontecimientos que pulverizan a los hombres; bajo la protección o a merced de héroes influyentes y decisivos; y se sienten los tiempos glorificados. Cuando esto acontece, claro es que, lo propio como lo temporal ceden sin remedio ante lo que se piensa secular. ¿Quién se animaría a hablar de sus sentimientos, pasiones o penas, mezqui-

nas, interesadas, egoístas y breves? El individuo pasa a ser nadie, y es la patria la que hace hablar como si se estuviera frente a Zervan, el dios del tiempo sin límites.

La poesía armenia, la más típica tal vez, es la que canta así. Es una poesía que llega a lo universal, exaltada y patriótica, dando la mentalidad armenia, la sensibilidad armenia y el tema armenio. Su cantar es ensimismado y repetido con un tema de rezo; y alcanza belleza y fuerza máximas, pero no siempre traducibles.

No es traducible, ni acaso penetrable el núcleo central de esa poesía. Tiene un carácter propio no radiado en palabras. El oído siente resbalar su música como lluvia de verano, desplegada y deslumbradora, sin que toda su esencia, de hiel, sangre y veneno, llegue al corazón del mundo indiferente.

Y sin embargo Armenia da en su poesía, la unidad de su dolor; su unidad mística; lazo de sensibilidad, que es casi unión de fanatismo. Pero ¿no es — como dijera Lord Byron — el más mancillado de los pueblos? Por eso tiene un tono de alma distinto, un extraño tono de alma.

Podría pensarse en un ideal en suspenso, en un ideal angustiado. Lo da ese desengaño colectivo, y ese sufrimiento común; el dolor de todos y de todos los momentos. Hay una realidad heroica, martirologio presente y sostenido, y, desesperación, odio, y hasta melancolía son ya sentimientos patrióticos. Así, sobre todas las tragedias impera la de la amada tierra. ¿Qué poeta, en el fondo, deja de ser trágico? La poesía es ya tristísima, ya ardiente; ya de un esceptismo dulce, ya de un optimismo violento, sea que se esté frente a sí, sea que se esté frente a Armenia.

Evidentemente las guerras han creado ese sentimiento trágico de una nacionalidad impostergable y vencida; y el destino inexorable hace estar siempre al borde de la irremediable, cósmica, injusticia. ¿Cómo no ha de ser su amor un canto crepuscular y no ha de oirse en su dicha, la fragilidad de lo que se rompe? Allí nadie puede apartar enteramente de sí ese caudal espantoso de horrores vistos y de horrores sentidos. Nadie puede desconocer ni olvidar lo que ha pasado, ni lo que pasa. De ahi que su literatura más viva y espontánea, sea la que habla con palabras de duelo.

País rico en historia, ha dicho Gonstheen, y hay que agregar: rico sobre todo en acontecimientos impresionantes y espantosos.

Un recuerdo quemante, o una sorda corriente de esperanza, crean un casi desafiante estado de exaltación que, muy bien puede manera indirecta o impensada de jerarquizar lo que aun puede salvarse: honor, bellezas, virtudes, altivez, civilización.

Pero, aun así, ese raro, magnífico orgullo, no logra impedir — si es que pudiera quererlo — que de su literatura trascienda lo adverso. Y lo adverso está allí siempre, ya sea con palabras que suenan con ruido de armas, o con las que bajo una pátina de gracia y de primavera son lloros o lamentos. ¿Podría ser de otro modo? ¿No están sus corazones en guerra? Se vive la guerra o se sueña la guerra. « Alabado sea Dios — dicen que exclamaba un viejo obispo, al comenzarse una de las rebeliones — ¡Ya puedes llamar a tu servidor! Iba olvidándome del olor de mi fusil y para recordarlo, desde hace tiempo tenía que echar pólvora en el incensario! »

Y ese es el espíritu armenio, un espíritu tan fervorosamente religioso como patriótico, ya que los armenios

han hecho de su patriotismo una religión y han edificado con su fe, una fe nacional.

Para América existen dos Armenias: la milenaria, cuya historia se pierde en los subsuelos fantásticos de la leyenda, y la nación que el interés — odioso y voraz — ha dispersado por el mundo; y se abisma en sus comienzos, y lamenta su destino. La respeta así por lo que ha vivido y por lo que no vive; por su civilización maravillosa y sostenida, y, por la resistencia moral e intelectual, que ha de agregarse a sus muchos méritos. Enclavada simbólicamente entre el mar Caspio y el mar Negro, y por estar allí, crucificada, como lo está en la cruz de los tiempos, ¿desde cuándo existe? ¿Y hasta cuándo va a existir, lo que hoy existe? ¿Qué milagro la mantiene existente y no existente, entre un pasado infinito y un futuro invisible?

Vive el sueño del pensamiento. Y, en el sueño de los libros una realidad quimérica llevada por sus poetas a todos los rincones del mundo, como un puñado de tierra santa; de su tierra erizada de montañas, plateada de luna, amada por el Iluminador; de ríos vertiginosos, de tesoros tentadores; que guarda oro, jaspes y mármoles deslumbrantes; donde crecen plantas que amansan a los leones, más fáciles de amansar que sus enemigos...

Allí fue donde Dios colocó el Paraíso Terrenal. Allí fue donde el diluvio castigó a los hombres malos. En el Ararat, el monte armenio, Noé posó su arca y plantó su vid. Fue la Minni de la Escritura; el reino de Ararat,

y Ask'hanazean, el reino de Ascenez, el profeta, hijo de Gomer. En el libro de Jeremías, capítulo 51, versículo 27, se hablan de esos países que prosperaron en ese suelo fecundo y riquísimo.

Más tarde fué Thorkomai, es decir la casa de Thorgon, como se le llamara por el hijo de Jafet. Se instaló allí Cus, y vivieron Mes y Arfaxad, los hijos de Sem. Y Archag, uno de sus reyes, descendía del mismo Abraham. Luego invadieron Armenia emigraciones yávanas, de las que descienden los georgianos y las arías que fueron a esperar allí el día del Juicio, acampando pacíficamente, y habiendo sido los arios los pobladores definitivos del suelo.

Y de su paso por la tierra, dejaron sus huellas en Armenia los cíclopes, y Jasón, que rompió las rocas que aprisionaban el Arax, para que éste llegara hasta el mar.

Y dejaron su recuerdo los dioses: Mihr, el fuego invisible; Aramazd, la esencia de la vida; Nanné, la diosa de la maternidad; Amanor, el dios de la hospitalidad; Astlik, la patrona de las vírgenes; y Anahit, «la madre de las alas de oro», patrona de Armenia.

El día que nació Haïk, el rey orgulloso que mandara construir una torre para llegar hasta el cielo, y que Dios mandó a los vientos que la destruyeran, se llamó Haïastan, país de Haïkes. Y ese país milagroso es ahora Armenia.

Boré dice: « Los armenios son belicosos por naturaleza, hacen frente a enemigos fuertes y cuando ceden, recomienzan « Si así no fuera, ¿ habría tenido Armenia tan larga vida? Esa tierra, codiciada siempre y siempre defendida, fue cien veces perdida y recuperada. Todos sus vecinos fueron por turnos, sus aliados o sus enemigos. Combatió sola, con unos o contra otros; y soportó y rechazó todas las tiranías. ¿Cómo no pudo evitarlo Tork, el gigante que con las uñas dibujaba águilas en las piedras y pulverizaba las rocas entre sus manos? Un día, viendo acercarse unos barcos enemigos, desde una colina los hizo naufragar arrojándoles piedras. Tenía más fuerza que Sansón, más fuerza que Rustem y que Alcides y Chah-Namé. Pero su fuerza no bastó para salvar a Armenia. O tal vez ya había muerto cuando sus enemigos volvieron a tomar posesión de esa tierra. Pero, ¿no vivía tampoco Vahakn? Vahakn es el más grande de los héroes, el más amado de los príncipes, hijo de rey, rey un día él mismo, y llegó a ser un dios: el Hércules armenio. ¿Cómo no salvó a Armenia? Lo amaba Astlik, la hermosa diosa, y como San Jorge, vencía a los dragones. Pero no pudo impedir que esa tierra mártir, fuera invadida por los medos, los asirios, los persas, los pontos, los romanos, los árabes, los griegos, los tártaros y los turcos. Y, que todavía hoy permanezca bajo el yugo de Persia, Turquía y Rusia. ¿Va a ser así siempre? ¿No es bastante que esto haya sido desde siempre?...

Armenia es un pueblo perseguido, una tierra devastada; sus ciudades han sido incendiadas y sus poblaciones masacradas. En 1895, el sultán Hamid hizo asesinar trescientos mil armenios; y en 1909, en Cilicia, treinta mil más. En la iglesia de Orfa, rociada a petróleo, fueron quemadas vivas tres mil personas, entre

ancianos, mujeres y niños. Y eso, todos los días, a todas las horas. ¿Cincuenta doncellas no se arrojaron al Eúfrates cantando, para no entregarse a los turcos? ¿No eludieron la esclavitud del mismo modo, cientos de jóvenes, que destrozaron sus cuerpos contra las rocas, lanzándose al precipicio? Tal vez es Armenia el país que ha dado más mártires al mundo. Y es por eso que hasta Racine, había hecho ya de Polieuto, un personaje armenio...

Tanto dolor y tanto valor, tenían que hacer enrojecer de vergüenza y de desesperación, y traducirse en historia altiva y ardiente, de odios, de orgullo herido y de lágrimas. Y, ¿podría entonces permanecer su literatura al margen? En los libros se siente el grito desgarrante de una raza que no quiere morir. Cantan, narrando horrores, clamando venganza, pidiendo justicia. «Tú también te enlutaste antes de llegar al mar» dice Kamar Katiba a uno de los ríos de su tierra. «Flor cautiva y torturada como mi raza», «Flor débil y torturada como la justicia», es como comienza un verso de Kalemkerian. Recuerdos... ¡migajas del festín del pasado! exclama Anaís. Cada libro evoca dolor, muestra dolor, es dolor. ¿No se pregunta Tchobanian, si algún día podrá levantar bajo el sol, la casa paterna? «La última canción de cuna» de Sévag, en la que una madre hace dormir al hijo pidiéndole que no huya, y diciéndole que ahora Armenia va a ser su madre, es un grito de revuelta. «El corazón de la raza», costó a Varoujan la vida, ya que fué asesinado como se ha dicho» con refinamiento digno de los Hunos. Y Siamanto, con su libro «Heroícamente», al relatar el período rojo de 1896 a 1910, hace vibrar de indignación.

La rebelión, ahora callada de este pueblo, tiene pues su voz en los libros. Y esa voz significa un desquite para los pechos ahogados por el odio y por el sufrimiento. Pero, si es insuficiente, no queda actualmente otro camino, a no ser que se opte por aquél, de que hablara Navarian, «camino ciego, enloquecedor y peregrino», el camino tan seguido de la expatriación.

Y, ¿qué defiende el pueblo armenio? ¿Defiende únicamente su derecho, la tierra que le pertenece, su hogar, el patrimonio de sus hijos, su presente y su futuro? ¿No defiende también lo universal? Defiende siglos de cultura, de arte y de sueños.

En la historia de Oriente, es éste uno de los países de avanzada, ya que colocado entre Oriente y Occidente, conservó las bellezas sempiternas, y aprovechó y recogió las floraciones de la hora. Y brilló en arquitectura, en poesía, en música, en pintura y en escultura.

En arquitectura sobre todo, los armenios fueron eminentes maestros. Grandes escuelas mundiales bebieron originalidad, medida, proporción y gracia, en sus fuentes claras y fecundas. Según autorizados críticos, en dos de las iglesias más extraordinarias de todos los tiempos, en San Pedro y en Santa Sofía, existe una indiscutible y marcada influencia del arte del armenio. Y esa misma influencia se hizo sentir en casi toda Italia, en el sur de Francia, en el sur de Rusia, en Rumania, en Servia, en Hungría, y hasta Bizancio, pues el arte bizantino en formación, según opinión de Strzigowski, recibió más motivos y fuerza del arte armenio, que el que luego diera a éste en su gran apogeo. Dícese que tomaron unos sus naves en cruz, otros sus muros lisos abajo y en lo alto ornamentados;

que influyeron en otros con sus cúpulas cuadradas; y en los góticos con sus estrechas ojivas — según Wergel — porque antiguos ritos así lo exigían, y obligaban a que la luz entrara por «afiladas espadas de ámbar», caladas en los muros a modo de troneras, para dar la necesaria mística penumbra.

Y, ¿qué decir de sus demás manifestaciones? ¿De sus esculturas ornamentales, representando viñas, flores cerradas, granadas, pájaros y peces, que han llevado al perfeccionamiento el encaje divino de las piedras? ¿Qué decir de sus estampas coloreadas, famosas ya hace años y años, en todo el mundo? Por las muestras que guardan los manuscritos de Etchmiadzín, y del Convento de Juan Jacobo de Jerusalem, la Biblioteca del Convento de San Lázaro de Venecia y la Biblioteca de los Mejitaristas en Viena, el arte armenio ha alcanzado calidad de imperecedero. Y, ¿qué decir de aquel esplendor, hoy ya casi en ruinas, de la Armenia monumental? Verdaderos tesoros fueron las ciudades armenias: Khorchavank, conservando vestigios de civilizaciones anteriores a la cristiandad; Anni, la ciudad de las mil y una iglesias; Etchmiadzín, la ciudad santa; Van, fundada por Semiramis; y luego Edesa, edificada sobre la Ur de los caldeos; Erevan, con sus iglesias bajo tierra, a modo de catacumbas; Amid, la andariega, que pasara de una orilla a otra del Tigris; y Erzerum, con sus techos verdes, que musgosa, aparecía y desaparecía entre praderas.

La literatura armenia, que fuera oral en sus comienzos, tomó grande incremento cuando San Mesrop inventó el alfabeto y fundó el idioma nacional. Y, fue entonces la traducción de la Biblia la obra base de la literatura, a la que siguieron obras religiosas, históricas y didác-

ticas de gran valor, constituyéndose lo que se consideró la Edad de Oro, período éste, que culminó en el siglo V. Sucedió a aquellos años prósperos y brillantes, una pequeña época de decadencia, e inmediatamente un reflorecimiento que comprendió los siglos VIII, IX y X, formándose la célebre escuela de los Suni. Constituían el bloque central de esta tendencia mística, un grupo de escritores y poetas de calidad, a los que se ha encontrado semejanzas con los místicos italianos del siglo XIV. Un nuevo período, conocido por el nombre de «El siglo de plata», modificó de nuevo la literatura y llevó a una manera de escribir más llana, y a temas terrenos, que quitaron a los hombres las preocupaciones que acicateaban las literaturas anteriores. Numerosos poetas anónimos dieron impulso a esta corriente que recordaba en cierto modo a la literatura pagana. Surgieron por todas partes cantores y poetas, y ya no eran sabios monjes, sino hombres ignorantes, los que estaban al frente de las letras. Y desde el siglo XIII hasta el XVII, ese resurgimiento folklórico, de cantos de amor y de guerras, dominó todo, hasta el tono de poesía de los mismos conventos. Luego, en Venecia, una nueva evolución se operó, iniciada por el abate Mikhitar, y la escuela neoclásica realizó un movimiento interesante. Se volvió a lo clásico, se escribieron obras épicas v hermosos poemas, y se hicieron traducciones de muchas obras maestras mundiales. En el siglo XIX, el Occidente presionó sobre el Oriente, y una tendencia más moderna y más europea, creó en Armenia también la literatura de los poetas del corazón, sutiles y llenos de matices. En ese momento, tres centros de producción literaria, dividían a la intelectualidad armenia, sino en tres corrientes, en tres agrupaciones que tenían por sede: Tiflis, Constantinopla, y como ya hemos di-

cho, Venecia. Tiflis, mantenía un contacto más vivo con lo autóctono, y estaba en lo poético enraizada a lo oriental, pero fue más centro de ciencia que de poesía. Y fue el movimiento literario de Constantinopla el más estético.

En los últimos años han primado y priman los escritores de la evolución social. Hoy en París, en Moscú, en Estados Unidos y en América del Sur, numerosos intelectuales armenios imponen la calidad de su talento, no sólo en las letras, donde mantienen siempre en alto el nombre de su patria, sino también en casi todas las artes, en las que han descollado y se hacen admirar.

Reúne este volumen muchos de los más famosos y bellos poemas armenios. Unos fueron traducidos de versiones francesas, otros llevados a prosa de versos españoles, que la autora adaptara; no pocos traducidos especialmente para ser publicados en estas páginas. En todos ellos se ha respetado lo más fielmente posible el contenido y se ha tratado de conservar el color, dando asimismo los matices y manifestaciones que pudieran interesar más a los espíritus latino-americanos.

El estudio ha sido hecho teniendo en cuenta los trabajos de los poetas Archag Tchobanian, Astour Navarian y Agayan, con aportes y traducciones valiosas y originales del intelectual armenio Kourken Vahakn Aháronian, habiendo consultado las traducciones de Maseras, de acuerdo con notas de Dielh, de Millet, de Mourey, del profesor Totomiantz, de la universidad de Moscú, con datos recogidos de publicaciones hechas por Los Hombres de Letras Armenias de París, y consultando la historia de Boré, Individuo de la Academia Armenia de San Lázaro de Venecia y de la Sociedad Asiática de París.

El Período Pagano

Los Cantores del Goghtan

En épocas remotas la literatura armenia empezó siendo oral. Los « achoughs » cantaban a los dioses milagrosos y espiritualizaban las hazañas de los héroes. Eran poetas populares, como los aedos griegos, e iban de ciudad en ciudad, recorriendo caminos, visitando las mansiones de los poderosos, y animando los banquetes y las fiestas con sus narraciones rítmicas, que acompañaban con una música de cuerdas, rudimentaria, pero suave y melodiosa, arrancada a un « saz » y a un « pampir », es decir, un mandolino y un violín primitivos. Como todos los rapsodas de entonces, cantaban improvisando sobre hechos del momento, y haciendo el elogio o la sátira de actitudes o de hombres. Pero, tenían además el secreto de las historias maravillosas, y bajo la influencia del desacostumbrado vino o llevados por el entusiasmo de sus propias palabras, embellecían y adornaban recuerdos y, cosas oídas, así, cada vez mejor. Y luego junto a estos aedos de profesión, que sollozaban, reían, o se alegraban, según correspondiera al ambiente que convenía hacer, otros cantores, de los que se ha dicho que eran casi poemas vivos, narraban exaltando sus propias aventuras y creaban alrededor de sus brillantes hechos de armas, motivos duraderos y magníficos.

Moisés de Khoren recogió más tarde muchos de esos cantos, oídos a los propios pastores del Goghtan, habiéndose salvado así, gracias a él, infinidad de temas

del folklore nacional. La parte legendaria de Armenia, fue así transmitida por medio de canciones que legaban unas generaciones a otras. Fueron los aedos quienes dieron vida imperecedera a Haïk. Ellos cantaron al patriarca y héroe, fundador de la primera dinastía, guerrero invencible, flechador que manejaba el arco como ninguno y cazaba en presencia del Eterno. Ellos contaron cómo mató a Bel o Belus, el jefe babilonio, clavando con sus propias manos la cabeza de su enemigo en lo alto de la torre de Babilonia, y en otra ocasión también a Nembrod, otro terrible enemigo, el gigante rey de Asiria. Hasta agregaban que la fuerza que llevaban los dardos de Haïk, traspasaron de aquél « el corazón de bronce », clavándose luego en el suelo. Y cantaron a Arán, el vencedor de Nukar; y a Ara el Hermoso, su hijo, de quien se enamoró Semiramis, y cuyo amor costó una guerra a Armenia. Sabemos además por ellos que la hermosa reina ganó la guerra, pero perdiendo a su amado, que murió en uno de los combates; y que entonces, diabólicamente inconsolable, increpó a los dioses, ordenándoles que lo resucitaran.

Sin embargo, aun cuando la leyenda fuera tan enriquecida por los temas rescatados y luego rehechos en épocas posteriores, sólo dos fragmentos auténticos fueron salvados del tiempo de los cantores paganos. Uno de ellos, es una parte de la historia de Vahakn; el otro, es una aventura del rey Artaxes.

El canto en loor del resplandeciente dios, hijo del rey Tigranes, se titula « El nacimiento de Vahakn », y dice así:

« El cielo y la tierra iban a dar vida; el mar purpúreo iba a dar vida. El parto del mar hacía temblar a la pequeña caña roja. Salía humo de su tallo. La caña roja desprendía llamas. Y a través de las lla-

mas saltó un joven, que tenía la barba de fuego. Sus ojos eran soles. »

En cuanto al otro fragmento, llamado « El rapto de la princesa de los alanos », es el relato de una romántica aventura, y dice:

« El bravo rey Artaxes montó su hermoso, negro corcel, y blandiendo su cinturón rojo, recamado de oro, pasó el río, ligero como un águila de vuelo rápido. Arrojó su faja roja, laminada de oro, ciñendo el talle de la princesa de los alanos hasta hacerle mal, y la arrastró apresuradamente a su tienda, en mitad del campamento ».

Y luego se siguieron cantando sus bodas, pomposas y espléndidas, a cuyo paso se arrojaba al pueblo perlas y oro. Se siguieron cantando las virtudes del buen rey, amado entre todos. Y cantaron a Artavazd, su hijo, el sombrío delfín, y contaron cómo, mientras el rey se moría entre la desesperación del pueblo que daba su vida para salvarlo, — siguiendo una creencia antigua, el príncipe, en un impulso de cólera, exclamó: « ¡ Cómo quieres que reine cuando te mueras, si te vas llevándote a todo el pueblo y no me quedan sino ruinas ! » Y se sabe por los cantores que, un día, mientras el mal hijo cazaba, los genios lo arrojaron con su caballo a un precipicio, encadenándolo a una roca, donde aún está, con el animal fogoso a su lado, pronto siempre a continuar la carrera, y que dos mastines lamen continuamente las cadenas para liberarlo. Y se dice que los herreros de todos los tiempos, sabedores de lo que pasa, dan todos los domingos dos o tres martillazos, para que con el estrépito, Artavazd permanezca en poder de los « fuertes », como llamaban los achoughs a los genios.

La Edad de Oro

Los Clásicos

En la hora en que Dios reemplazó a las pléyades de antigüas divinidades, cuando el cristianismo se propagó por Armenia y el venerado San Gregorio fundó la nueva iglesia, fue cuando San Mesrop inventó el alfabeto, y de hecho también la literatura nacional. Y así, esa conquista que fuera planeada con intenciones puramente doctrinarias, alcanzó caracteres vastísimos, dando permanencia a la civilización anterior, proyectando la grandeza de esa época, fecunda y brillante, y legando a los siglos posteriores, con la riqueza de un pensamiento ya para siempre vivo, posibilidades de ahondar sobre lo hecho y también de liberarse, imponiendo sus letras, y alcanzando un sitio de preponderancia en la literatura mundial. Y fue la traducción de la Biblia, la base de la literatura armenia; magna obra, que emprendieran San Mesrop y San Sahak, y cuyo décimo quince aniversario se conmemorara hace nueve años, por iniciativa y orden de Su Santidad Khoren 1.º. Y siguieron a ésta muchas otras traducciones de obras griegas y latinas de renombre, que crearon estrechos vínculos entre Armenia y los pueblos de occidente.

Pero, al mismo tiempo nacía allí, por obra de sus creadores, una literatura propia, clara, poética, casta y mística, que representaba la modalidad de aquel pueblo, y su idiología, y su idiosincrasia y, que iba a crear también su historia. Era ésta una literatura grave y tras-

cendente, de escogido lenguaje, clásica, de temas elevados, que bordeaba problemas filosóficos y religiosos, que alababa a Dios, y se preocupaba también de enseñar a alabarlo. San Mesrop, el talentoso monje, escribió cantos litúrgicos de gran valor; San Sahak, es decir Sahak Bartev, a quien llamaban Sahak el grande, fue autor de inspirados himnos; Moisés de Khoren, escribió la "Historia de Armenia" que tiene tanta fama como las obras de Herodoto; David, llamado el invencible, se hizo célebre con homilías, cantos religiosos, y además una obra filosófica en la que combatía la doctrina de Pirrón; Elíseo, historiador y poeta épico, cantó describiendo la batalla de Avaraïr. Y adquirieron gran prestigio también otros historiadores y escritores, tales como Fausto de Bizancio, Agatangeo, Korioun, Lázaro de Farbí y el teólogo Eznik.

Este período culminó entre los años 406 y 507, comprendiendo el Siglo V, al que se llamó, "El Siglo de oro".

Decadencia

Periodo de Decadencia

Sucedió a la época inicial, en la que tomó incremento y se impuso la literatura clásica, — que fue época de apogeo y trascendencia — un breve período opaco, de indecisión, sin grandes genios ni obras eternas. Y fue como una pausa entre dos fuertes movimientos. — Momento de decadencia, que se desarrolló en el Siglo VII, o más bien entre los años 507 y 650. La figura más interesante de esa época es, probablemente, el astrónomo, matemático y físico, Anania de Shirag, quien demostró que la tierra gira alrededor del sol. Entre las personalidades literarias más salientes habría que citar a Comidas Catolicos, el poeta religioso, a Juan Mamigonian, Teodoro, Sahak el pequeño, y Sebeo. Sus nombres tuvieron un prestigio fugaz y sus obras se olvidaron pronto; pero asimismo fueron los representantes de un momento que iba a preparar el espíritu para la magnífica "eclosión" posterior, la de la escuela de los Sunis, famosa en Armenia para siempre.

Período de Resurgimiento

La Escuela de los Sunis

El más interesante período de la antigüedad armenia, fue el que corrió entre los años 650 y 1050. Una literatura de un exaltadísimo misticismo floreció bajo el signo de la escuela fundada por Estepanos de Suni. Entre los primeros que corresponde citar se hallan los nombres del filósofo Hovanan Otznetzi y el de la monja Sahakadought, que escribieron en el Siglo VIII. Más tarde, en el Siglo IX, otras dos figuras adquirieron fama por toda Armenia: Juan Catolicos, historiador y teólogo, y Kosrov Antzevatzi, sabio y escritor, que luego fue el padre de Gregorio de Narek, con quien culminó esta escuela y la literatura antigua, en el Siglo X.

Fue Narek el más grande de todos los místicos. Dejó una obra grave, profunda, de una impresionante belleza y de una trágica realidad. Y habrá que decir que fue él quién dió a la literatura armenia el más potente soplo de inmortalidad.

Gregorio de Narek

Gregorio de Narek nació en el año 951 y murió en el año 1011. Era poeta y monje. Y, en consonancia a sus dos estados dejó una obra extraordinaria. Escribió meditaciones, visiones y plegarias. Lo vemos dueño de todos los matices del sentimiento y de la fe, y dueño de una poesía que es prosa poética, armoniosa y elevada. Se le ha comparado a San Pablo, a Dante y a Píndaro. Su poesía pasa de la extrema esperanza a la extensa desesperación. Su obra maestra, que lo es también de la literatura universal, "El libro de los lamentos", es considerado en Armenia una obra sagrada y casi milagrosa. Monseñor Garekín Hovsepian, al estudiarlo, dijo: "Une la gracia a la profunda conciencia del pecado; y es un padre de la iglesia comparable a San Agustín, pero que se ha expresado en un desborde de emoción poética". Mourey, lo estudió, manifestando: "Nada más extraño, nada más desconcertante, pero también nada más penetrante que esos gritos de angustia, que esas atormentadoras esperanzas, que esas desgarrantes heridas de los arrepentimientos, esas humillaciones, esos terrores, esos éxtasis, esos vuelos, esos deslumbramientos, esos transportes, que sacuden, torturan y encantan el alma y el cuerpo del pobre monje".

Escribió — como él dijera — para los que piensan en el mundo entero; y para socorrerlos en sus pasiones.

Tal vez para socorrerlos, como él mismo se socorría: "Aleja de mí, Todopoderoso, esta mortal tentación"; "Tú, que todo lo puedes, no me dejes caer en esta vergonzosa tristeza". Quiso mostrarse pequeño y mísero; acaso como creyó ser. Pero siendo así, cubrió con su sombra toda Armenia. Humillándose y haciéndose mal, se agrandó. Se embelleció delirando. Juntó en su poesía, terrible y divina, los elementos de la pasión, del horror, de la belleza y de la fe, yendo del infierno al cielo, como pecador, como santo, y como genio.

Oraciones del Arrepentimiento

Yo he pecado contra tu gran bondad, yo el vil, he pecado.

He pecado contra tí, fuente de luz, yo, tinieblas.

He pecado desafiando tu gracia infinita; he pecado en verdad....

Desdeñando tu alta caridad, he pecado; imperdonablemente, he pecado.

He pecado frente a tí, que me creaste de la nada; ciertamente, he pecado.

He pecado acojiéndome a tu suprema ternura. ¡ Inmensamente he pecado!

Yo he pecado. He pecado gozando de tu dulce, inagotable sabiduría, yo, el pérfido, he pecado.

Violentamente trastornado por una ansiedad torturante y sin fin, como un hombre que rodara arrastrado por salvaje torrente en medio de olas embravecidas por el ciclón y que desesperado buscara asirse al curso veloz del agua que las lluvias de la primavera hubiera vuelto más terrible, así, estoy yo. Como él a pesar mío voy descendiendo, y mi caída es fatal. Voy bebiendo el agua turbia y ahogadora; empujado y angustiado voy siguiendo la linfa infecta, musgosa y enlodada, como si debiera morir aplastado por el peso del mar.

Así estoy. Ese miserable soy yo.

Ya no comprendo nada. No comprendo aunque me hablen. No oiría aunque me insultaran.

Ya nada me despierta. No puedo reaccionar. Estoy muriéndome. Pero no lo sé.

———

No supe recoger el fruto tempranero, ni llegué a tiempo para las floraciones nuevas, y me he quedado con las manos vacías.

La flor de la pureza ya no es mía, ni poseo el aceite de la caridad. Y una noche tenebrosa es ahora mi noche en la que aterrado creo oír las trompetas del juicio. Y asimismo una vez más todavía me despojé de los atavíos nupciales. Y asimismo una vez más perdí también la gracia de la santidad. Y he aquí que para siempre, hermética se cierra ante mí la puerta del esposo.

———

Oración para el día de la muerte

Señor, ten piedad de mí, en mí último día. Ten piedad Señor, cuando me falte el aliento. Ten piedad cuando mis ojos angustiados vayan a lamentarse a las alturas. Señor, ten piedad cuando mi espíritu descubra los pasos inevitables, que precise aún hacer en el camino hormigueante de acechadores peligros. Ten piedad, cuando cansado mire el techo que me ampara, y pueda ver ya la vía abierta. Apiádate de mí, Señor, cuando agonizante y miserable, con los rasgos alterados, con las manos temblorosas, con la garganta ronca y seca, el pecho doliente, el alma atribulada, profundamente triste, llore aterrado los pecados ocultos en mi yo secreto... Porque yo que hoy pienso en entonces con la altivez de ahora, yo que me enorgullezco de hablar anticipadamente de la hora en que me sentiré morir, caeré yerto y seré cadáver. Seré un cadáver sin voz; seré un cadáver con las manos inmóviles, los miembros flojos, los labios apretados, los ojos cerrados; seré plancha de mármol; seré tronco quemado, estatua insensible, imagen muda, substancia sin aliento, aspecto miserable, forma lamentable, faz desgraciada, mísera apariencia, lengua callada, hierba seca, corazón vuelto para siempre árido, clarín roto, fuente sin agua, cuerpo corrompido, tienda abatida, raíz arrancada, cosa enterrada, olvidada, desdeñada, objeto que da asco y molesta, que se rechaza y se tira, inservible esqueleto que se arroja con el pie porque no sirve.

Suena la hora del último juicio

Se dobla el cielo. La tierra se aparta abriéndose hasta el fondo. Como las olas fugaces y huidizas de un mar agitado, ambos chocan y se detienen inmóviles. En la vasta tierra, sacudida profundamente, los montes se aplanan. El violento y retumbante levantamiento de las entrañas de la tierra alisa los montes. Se incendian y se funden las piedras. Por todas partes los elementos se descomponen; y hasta los cielos se revolucionan en transformaciones definitivas. Las criaturas también toman formas nuevas. Se desvelan los secretos, se aclaran los misterios, nuestra conducta íntima se pinta en nuestra faz; es la hora en que el rey del cielo sube al tribunal llevando en la mano las sentencias. Es la hora del espanto. ¡Doblemente, siete veces desgraciados, aquellos que entran en el número de cifras infinitas de los desgraciados! ¿Qué haré yo, alma lamentable? ¿Qué haré en este día de peligro, si los ángeles luminosos y los coros de los elegidos, de los que han sido glorificados por la felicidad, se conmueven y tiemblan sin poder mirar de frente su propio juicio? ¿Cómo me presentaré yo, el más miserable hijo de la muerte?

El Siglo de Plata

Período de "El Siglo de Plata"

Al período comprendido entre los años 1050 al 1410, se le ha llamado « El Siglo de Plata », debido a los muchos escritores y poetas de mérito, que le dieron lucimiento y fama. Quedaron de entonces nombres muy ilustres y obras leídas y apreciadas todavía en los siglos posteriores. Gregorio de Magistros, poeta, escritor y filólogo, aplicó con acierto la métrica arábiga abandonando la antigua métrica armenia, y habiendo compuesto un poema de mil versos en sólo tres días, para probar a un poeta árabe su dominio de la métrica y su fácil inspiración. Pero el más importante de estos escritores fue Nersés Schnorhali, que fue teólogo y músico, y además y sobre todo poeta. Pertenecieron a la misma época, Nersés Lambronense o de Lambron, que fue orador, teólogo, historiador y sabio, y Nersés Glayétzi, poeta, filólogo y teólogo. Y, además, Mejitar Cosh, teólogo también y fabulista; un hermano del rey Hetoum I: Sembat Mariscal, escritor, fabulista e historiador; Vartan el grande, que escribió obras históricas, poéticas y teológicas; Katchadour Daroneuse, poeta religioso e historiador; Gregorio de Datev, pedagogo, escritor y teólogo y, Varan y Juan Vanacaro que, en otros también, se destacaron, y fijaron, o ayudaron a fijar la época con caracteres indelebles.

Nersés el Gracioso

Fue Nersés Schnorhalí, Nersés el Gracioso, para decirlo en nuestro idioma, uno de los poetas cumbres de « El siglo de plata ». Su música religiosa, también muy alabada, hizo que más tarde los armenios, al oírlo pensaran en Bach. Pero su mayor celebridad la alcanzó como escritor. Se le consideraba lleno de gracias y de dones, y era un poeta fino y dulcísimo, tanto por sus ideas, como por la forma de expresarse, y fue a esto que debió su nombre. Dejó además de una gran obra didáctica y religiosa, escrita en severo estilo, una serie de pequeños poemas, hechos tal vez como concesión a una época en que ya empezaba a gustar más que la literatura clásica, la popular, tan ligera, humana, familiar y fácil. Damos aquí, a modo de ejemplo, y por considerárseles de los más viejos poemas de este género, entre los que han logrado conservarse, dos o tres adivinanzas de este autor. Y las damos, a pesar de saber que constituyen una verdadera excepción dentro de su obra, fecunda y valiosa. Pero agregamos como muestra de su auténtico valer y de su alta calidad de poeta, una de sus páginas famosas. Elegido Católico, de vida activa, fue colaborador de León el Magnífico, y ayudó a la prosperidad de la Cilicia armenia. Nació en el año 1102 y murió el año 1172.

El mundo entero



(Oración para el momento de la comunión)

(1) 1. Que el mundo entero me vea y se apiade de mí.
2. Muevo mis labios para que mi voz castigue mis culpas: miserere, miserere, miserere.
3. Soy ladrón de pecados, ¡Oh! me perdí cavando yo mismo mi fosa;
4. Conspiré contra mí y me oculté con perfidia: miserere, miserere, miserere.
5. Yo era luz, y ahora soy tinieblas y sombra de muerte;
6. ¿Cómo podré confesar tantos, múltiples y horribles pecados?; miserere, miserere, miserere.
7. Cielo y tierra, venid a llorar mi ser impuro.
8. Preferí el mal y voluntariamente arrojé sobre mí el peso de todos los pecados: miserere, miserere, miserere.
9. Ruedo entre ellos, envuelto en cieno y no podré levantarme;
10. Me entregué a pasiones desenfrenadas y siento asco de mí: miserere, miserere, miserere.
11. Desprecié los consejos puros y las nobles acciones;
12. Me aparté así de la luz inextinguible y la noche se hizo en mi corazón, miserere, miserere, miserere.

(1) Cada número corresponde a una letra del alfabeto armenio, y representa en el original un terceto con rima, sentido y lenguaje exquisitos.

13. Mi alma cayó para siempre, engañada con palabras alevosas.

14. Voces y risas hay en los abismos, que se burlan de mí; miserere, miserere, miserere.

15. Perdido voluntariamente, vacilante y angustiado, ya no me puedo elevar.

16. El fuego del pecado consumió todos los bienes de mi espíritu: miserere, miserere, miserere.

17. Me fustigó el mal, se mofaron de mí los que me vieron y se hartó mi alma;

18. Una amarga hiel me inundó, apagando mi claro corazón: miserere, miserere, miserere.

19. El pecado y la muerte gozando separadamente de mis tesoros, me han dejado pobre.

20. Ha desfallecido mi alma y ha enloquecido mi mente; vivo solo con mi cuerpo: miserere, miserere, miserere.

21. Acosáronme los vicios y caí en la trampa pecaminosa del cazador;

22. Soy blanco de las flechas enemigas, y a menudo me dañan: miserere, miserere, miserere.

23. Una jauría de perros rebeldes se revuelve siempre en mi sangre;

24. Los malvados envolvieron en sus redes de pecado mi espíritu: miserere, miserere, miserere.

25. Penas atroces me desesperan sin darme sosiego.

26. Esclavo de mis pecados, sucumbí por mis horrendas culpas: miserere, miserere, miserere.

27. Busco mi arrepentimiento, pero el fuego de la pasión me quema de nuevo;

28. Fui llamado incestuoso, pero pienso que mi ruindad fue locura: miserere, miserere, miserere.

29. Desgarran mi corazón deseos que todavía arden con las llamas del odio;

30. Graves faltas llenan de dolor mi alma y vago de arriba a abajo: miserere, miserere, miserere.
31. Los malos genios se apoderaron de mí y me arrancaron del camino del Señor;
32. Pero yo nada hice por escuchar la regocijadora voz del sabio Maestro: miserere, miserere, miserere.
33. Ansias vanas con formas codiciables enceguecieron mis ojos;
34. Encadenado a todos los vicios se consume mi ser; miserere, miserere, miserere.
35. Huye del mal, alma mía y apresúrate a desear lo bueno;
36. Cuando llegue para tí el sueño de la muerte, que esté a tu lado el Juez Inmortal: miserere, miserere, miserere.

El Vino

He visto un agua, igual que fuego, más radiante que la luna, más inquietante que el mar purpurino; y mortal para muchos.

El Verano

Es un viejo príncipe, con tres hijos como Noé y rico en frutas, en hojas y en bienes; sus ánforas sin cuenta, están llenas de vino.

La Espada

Pulida como espejo, semeja una cruz buena para el hermano, y que a los demás roba las mujeres.

Periodo Popular

La canción popular

Al período religioso sucedió una liberación de preocupaciones, y los cantos litúrgicos fueron enteramente desplazados, dándose entrada a una poesía espontánea, y aunque cristiana, terrena y amorosa, la literatura de los trovadores. Desde el Siglo XIII hasta el Siglo XVII, floreció ésta en versos voluptuosos y sensuales, y que, como la poesía de los antiguos poetas errantes, cantaba los acontecimientos más importantes de la vida íntima y sentimental, mezclando con una gracia sana, motivos paganos y cristianos. Pero, no era el tema religioso sino un matiz, un color dado a un fondo ya festivo, ya fúnebre, que resumía actos vivos de la viva historia de cada uno. Los monjes, que dirigieron la literatura de los siglos anteriores, desaparecieron del escenario armenio, y fueron los hombres de la calle y de los caminos los que impusieron la canción de sus penas y de sus alegrías. Las bodas, los nacimientos, las muertes, las guerras, la naturaleza, fueron causas de inspiración, como en los tiempos de los « achoughs ». Fue una poesía a la vez canto y cuento; ya piadosa, ya ingeniosa, ya simplemente triste o tierna, o amorosa. La muestra que presentamos, pequeñísima, en comparación a la rica y fecunda poesía popular de la época, corresponde a muy distintas regiones de Armenia y sólo tiene por objeto dar una somera im-

presión del lirismo de un país esencialmente cultivado y artista, al extremo de que los pastores y los hombres vulgares se revelan poetas en la acepción completa del término.

Cantos Populares

Plegaría de la madrugada

Ha blanqueado la aurora; la cruz es ya vísible y Díos se ha dulcíficado. Los pórtícos del paraíso se han vuelto a abrír; las puertas del ínfíerno ya se cerraron. Mí alma está líberada de las cadenas. Haya píedad en Jesús para nosotros.

Plegaría de la tarde

La bujía ha sído consumída y el demonío se desvaneció. Sobre su blanco corcel, San Sergío víene en nuestro socorro, con su túníca verde, con su manto encendído.

— Pequeña luz, pequeña luna, ¿de dónde víenes?
— Atravesé el mar del padre Abraham.
— Eres amarílla y es amaríllo tu corcel.
Y tu barba tíene polvo color amarillo.
¡La díestra de Díos y la cruz sobre mí almohada!
¡Qué el Padre me escuche, qué el Híjo me escuche!
¡Qué el Espírítu Santo me despíerte!
Mí cabeza sobre mí almohada y mí alma entre tus manos, ¡oh Santa Vírgen!

Lamento piadoso

Si los hombres me hubieran hecho mal, mis gritos se oirían en el mundo entero; pero mi mal lo ha hecho Dios. Lloraré sin que me oiga el umbral de la puerta.

Saludo de boda

Saludamos al alba; saludamos a la santa virgen, para que conceda larga vida a la reina (1). Saludamos al Iluminador (2), para que dé larga vida al rey.

Invitados, salud a vosotros! ¡Invitados salud! ¡Os saludamos a vosotros que habéis venido! Saludamos al sol para que dé una larga vida al rey.

¡Invitados, salud a vosotros! Salud, invitados! ¡Os saludamos, porque habéis venido! Saludamos a la aurora para que conceda una larga vida a la reina.

¡Invitados, salud a vosotros! ¡Salud, invitados! ¡Os saludamos, a vosotros que habéis venido! Saludamos a la luna, para que dé una larga vida al rey y a la reina.

---

(1) Reina se llama en Armenia a la recién casada, y rey al recién casado.

(2) El Iluminador es San Gregorio.

De los Cantos de Boda

Han adornado a nuestro rey; lo han cubierto de hermosas vestimentas de oro; lo han desposado según la ley armenia.

Que el Señor lo proteja; que San Karapet bendiga su juventud; que el buen Dios lo proteja.

Han adornado a nuestro rey; lo han desposado según la ley armenia.

Que el resucitador de muertos bendiga su juventud; que el Señor lo proteja.

Nuestro rey lleva la cruz; lleva la cruz sobre el pecho. Sobre la cabeza lleva el djigha rojo, todo rojo, y roja, toda roja, brilla su juventud.

Su corona es roja, su lazo es verde. Rojo es su manto; verde su juventud.

Que el sol de nuestro rey permanezca siempre ardiente; que Dios lo proteja hasta el último de sus días.

Roja es su cintura y su manto, rojo; sus sandalias están tejidas con hilos de oro, y es roja su juventud.

Salud a la reina. Larga vida a la reina. Salud.

Traigamos de las montañas el pájaro sagrado para que venga a recoger los frutos verdes del árbol, para que se arrodille ante el santo altar y con sus propios labios salude al rey.

Traigamos de las montañas al salmista para que venga a recoger los frutos maduros del árbol.

Que las flores abiertas en la montaña saluden a nuestro rey.

Que la cruz proteja al rey; que la cruz proteja a la reina.

Que todos regresen a sus casas.

Que el rey y la reina tengan un dulce sueño.

Canto del joven enamorado que muere lejos del país

Llevadme hasta la puerta de mi amada y abridme allí las heridas, para que las vea la cruel. Cortadme los dedos para encenderlos como cirios.

Arrojad arena sobre mí, que se quemará como incienso.

Y ¡ enterradme ante la puerta de mi amada !

Canto del que ama en secreto

Vuelven en bandadas graciosas y bellas, de los vergeles, de los valles, de las praderas. Han recogido rosas y violetas, y sus manos perfuman.

¡Qué yo muera pör tí, San Talalos! Pero has que Chouchane sea mía. Chouchane me ha cautivado, me muero de amor por Chouchane.

Quisiera desaparecer, volverme río, ser agua de tu fuente, ser el agua que vas a recoger. En la noche intensa oigo tu voz; tu dulce voz que me llega sin cesar.

Me has encendido con tus ojos; con tu voz has arrojado sobre mí el fuego de tu amor. ¡Niña del pequeño delantal de colores, niña de los cabellos de oro, criatura que amo, tu amor vale mil amores!

La Canción de Cuna del Huérfano

Bajo la tierra está el padre y Sahak, en las montañas. Tu cuna está entre las cañas. Te abriga la piedra.

Que el viento del sur te acune, que las pequeñas estrellas te canten su canción, que la cabra salvaje te amamante, y que así crezcas, embelleciéndote y espigándote.

¡ Duerme hijo mío ! ¡ Duerme querido ! ¡ Duerme con tu faz rosa bajo los lises ! ¡ Duerme ! ¡ Mi niño duerme ! ¡ Hijo querido ! Que el viento arrulle tu cuna.

Que la cabra salvaje te amamante, que la luna te haga dormir con su canción de cuna, que te proteja el sol.

¡ Duerme ! ¡ Mi querido, duérmete ! ¡ Duerme, pequeño, duerme !

El canto al Sol

¡ Sol, sol, no te escondas ! Venimos a saludarte.

Tu hermanita, la luna, nos trajo un vaso lleno de uvas secas.

Pero vino una nube y ensombreció todo. Ya no vimos las uvas secas.

Queremos verte, pequeño sol, ¡ queremos verte ! Toma este puñado de uvas secas. Te lo damos.

¡ Oh ! engañamos al sol ! ¡ Lo hemos hecho salir de las nubes !

Canto de las consoladoras a la muerte del hijo

Tu hijo no ha muerto; tu hijo vive; solo se ha ido al jardín a recoger rosas.

Y él mismo se ha coronado de rosas, y se ha adormecido con su dulce perfume.

Canto de la muerta al esposo

Iré a tu ventana, transformada en águila Y mis desesperados sollozos harán huír para siempre el sueño de tus párpados.

Aun pueden dormir los otros, pero no, tú y yo.
Nunca más podremos dormir, tú y yo.

Cantos populares regionales

¡ Espíritu de los cielos, pájaros divinos, dadme alas para volar; yo también quiero ir lejos !

¿ Cómo desprender mi alma de mi cuerpo ? Quiero vivir en las nubes. Quiero reunirme con mi amada.

Siento la nostalgia de sus ojos; siento la nostalgia de su lecho.

Con sus cabellos quisiera atarla a mi cintura, y que para siempre nos quedáramos entre el cielo y la tierra; hasta el último día; hasta el día del juicio final.

En el monte Menzour corre una cascada bajo la melena de un sauce.

El agua cae; cae de un pico de plata a un vaso de oro.

Dos bellas morenas han venido a llenar sus ánforas.

Dos jóvenes, fuertes como gladiadores, llegan a galope.

Niña; por la juventud de tu hermano, dame de beber. Me basta una gota de tu ánfora.

El agua de mi ánfora no está fría. Más de uno ha muerto por haberme amado.

Dame una gota y que yo también muera. Quiero morir como ellos.

Quiero morir, como si nunca hubiera nacido.

¿Por qué no me saludas y te quedas quieta, adornada de pies a cabeza?

Finges estar enojada. ¿A quién puedo quejarme? ¿A tí, sí de tí me quejo? Escúchame, tú que eres bella y graciosa.

Tú que vas a la fuente con el ánfora en los hombros, ¡oh cruel, no desvíes tu camino!

Es fuego mi corazón; mis venas arden; eres bella y graciosa, pero ¡escúchame!

Deja tu ánfora en el suelo; espera un minuto mi bien amada.

Te amo, me ha embriagado tu amor. Te ríes, y yo voy llorando por los caminos.

Eres bella y graciosa, pero ¡escúchame!

Te adoro así, roja como una rosa, con tus dientes de perlas.

Dame un beso. Te adoro así, con tus labios dulces.

Ten piedad de mí. Tú, que eres graciosa y bella, ¡escúchame!

Tu faz está roja como sangre de pájaro.

Quiero que seas mía. ¡Que Dios te haga mía! Nos besaríamos siempre.

Nos besaríamos en otoño y en primavera. Tú que eres bella y graciosa, ¡escúchame!

Tus pequeñas sandalias te impiden caminar.. No sigas. Deseo besar tus senos.

Curaría todos los males un beso en tu mejilla. Tú que eres graciosa y bella, ¡escúchame!

Tú has llenado tus brazos de pulseras de plata. Yo he recorrido el mundo de Estambul a Derdjan, y a nadie he visto más coqueta que a tí, mi amada.

Eres bella y graciosa. Pero ¡escúchame! Voy por los caminos llorando, y tú pasas riéndote.

El viento desde las altas montañas viene a golpear a la puerta.

La joven desposada, toda emoción, se levanta, y la abre.

¡Ah! No es él. No es su amado.

Y vuelve, herido su corazón.

La suegra pregunta: Pequeña nuera ¿sufres?

— Madrecita, sufro por tu hijo, sufro un mal eterno.

— Pequeña nuera, no llores; escribiré a mi hijo para que vuelva.

— Si le escribes para que vuelva, que la luz de Dios sea para tí.

Pero, si no le escribes, te maldeciré y, te transformarás en piedra.

¡Maldita seas madre! Me has hecho desgraciada, me diste al buho ciego que me llevó con su bandada.

¡Maldita seas, madre! ¿Por qué no me diste al que amo? El me habría llevado a las altas montañas, y viviría feliz entre los altos árboles.

Mi nido estaría entre las rocas. Desde el alba al crepúsculo, hubiera oido sus canciones, y sentiría sus besos que calmarían mis penas.

Temprano, a la hora que centellea la luz buena, despertaría ya de mi sueño. Perfumaría mis cabellos con agua de teghir y los peinaría con peines de oro.

¡Maldita seas, madrecita! Tú me entregaste al buho ciego que me ha encerrado entre piedras, al buho que para mí ha construido un nido en la tierra, al buho que me ha dado un nido entre las raices.

Soy un desterrado en mí propío país; estoy en la tierra como un navío en el mar. Soy como un viento sín reposo, como una nube que llora.

Me despíerto creyéndome en una cíudad encantada, en un jardín magnífico; y es sueño.

Estoy loco de amor. Sufro por no estar contigo. Y no sé que hago, no sé que dígo, no sé que píenso.

Yo íba sola en la mañana. Lo ví; cruzó mí camino; era joven, lo miré, y me besó con tanto ardor que mí mejilla sangró.

— ¿Qué tienes? me preguntó mí madre.

— Me arañó la espina de una rosa cuando bajé al jardín.

— ¡Qué para siempre se seque el rosal que ha lastimado tu suave piel rosa!

— ¡Por favor madrecita, no maldigas! No quiero que tu deseo haga mal al que amo.

El, me besó. Estaba sediento de amarme.

No lo maldigas, que podría morirse antes de ser feliz.

Vuelvo a decirte: no ames la rosa. La rosa tiene espinas.

Busca la víoleta dulce y de dulce perfume. Ama la víoleta que no tiene espinas.

No ames la rosa radiante que va a ajarse en tu seno. Ama el pimpollo fresco y cerrado que se abrirá para tí.

Período de Decadencia

Los Trovadores

El resurgimiento popular, comprendido dentro del período de la decadencia literaria, y del que dimos una versión de los poetas anónimos, tuvo sus más altos exponentes, en el Siglo XIII, con Constantino de Erzenga y Khatchatour de Ketcharou; en el Siglo XIV, con Sarkís, Frík, y Gregorío Khlath; en el Siglo XVI, con Zakaría de Gnounik, Hovassap de Sébaste, Hovhannes de Telgouran, Gregorio de Akthamar, Simeón de Aparan, el obispo Moïsés, Mourat Híkar, el padre Hakob Patoukentz, culminando la época con el grande y fino poeta, Nahabed Koutchat.

Pero el período se prolongó aun a los siglos siguientes, destacándose en el Siglo XVIII, Balthazar Depír, Nakhasch Hovnathan, Saïat Nova y Lounkianos, y en el XIX, Djívaní que perteneció ya en una época moderna todavía a la escuela popular, y que se le considera el último de los trovadores armenios.

Sarkis

Sarkis fue un trovador casi anónimo. No se conoció sino una obra suya: su alabanza a Liparid. Se supone que vivió en tiempo de este guerrero, en el Siglo XIII o XIV.

El padre Alichan publicó el hermoso poema, que Tchobanian tradujo al francés y, que perpetúa el nombre del trovador casi desconocido. Damos en esta antología una versión castellana, acaso la única.

Elogio al valiente Liparid

Era tu alma justa y pura; desde el cielo te eligió el Señor. Fuiste de los cristianos, gloria. ¡ Oh, grande, poderoso, valiente Liparid !

A Sanson igualabas con tu fuerza; aterrado, temblaba el enemigo ante tí, revestido de acero. ¡ Oh, grande, poderoso, valiente Liparid !

Caíste por la fe que defendías, luchando contra mil y abriendo con tu espada corazones, ¡ oh grande, poderoso, valiente Liparid !

Fúlgido astro del país de Sís, defensor heroíco, infatigable; tu nombre hizo temblar al turco. ¡ Oh grande, poderoso, valiente Liparid !

Al sonar para tí la hora suprema, sin que nadie pudiera socorrerte, de rojo tu cuerpo se encendió. ¡ Oh grande, poderoso, valiente Liparid !

Tu muerte fue cruel como ninguna. ¡ Piedad haya para quien te dió la vida ! Eres digno de que te llore el pueblo. ¡ Oh, grande, poderoso, valiente Liparid !

Arboles y jardines del país de Sís, y las lozanas flores como frutas, agitadas suspiran. ¡ Oh grande, poderoso, valiente Liparid !

Los arquimandritas, los patriarcas todos, y con ellos los más santos hombres, se lamentan, orando por tí, ¡ oh grande, poderoso, valiente Liparid !

Ahora en tu loor, Sarkis canta su alabanza. Pero el cierzo desvasta la casa de Armenia, que salvaste tú, ¡ oh grande, poderoso, valiente Liparid !

Constantino de Erzenga

El monje Constantino de Erzenga fue uno de los poetas más celebrados de fines del Siglo XIII y principios del Siglo XIV. Dejó un solo volumen de poesías, pero éstas se consideran quizá las más bellas de la antigua poesía armenia.

Era la suya una musa lírica, joven y fresca, sin ninguna semejanza con la afiebrada poesía anterior. Poesía que, por otra parte, resulta extraña con su condición de religioso, ya que la manera de expresarse y de cantar, tan libre, natural, amorosa y desprendida de todo misticismo, hizo de él un monje trovador, distinto a los santos hombres de la época, a los que atormentaban terribles, imaginarios pecados.

Como la poesía de Koutchak, es ésta frágil, inocente y terrenal. Pero es más ardiente y sensual que la de Koutchak. Erzenga decía: « El árbol es amor, la flor es amor, es amor el canto del pájaro en el árbol. »

En algunas poesías, Constantino se queja de los hombres que lo hicieron sufrir y lo persiguieron hasta en la paz y soledad del convento.

Pero sus pensamientos eran dulces, y su poesía sensible y exquisita es la que ha perdurado. Damos una muestra de este poeta en un poema en que adora las gracias de la mujer.

Canto de amor

¡ Oh, rostro radiante, imagen de luz ! ¡ Déjame amarte ! Tú eres la fresca primavera ; yo, la flor ansiosa. Abrasa con tus brisas mi corazón, ardiente de sed.

¿ Quién, en la tierra puede compararse contigo ? Eres la igual de las estrellas. Te veo, bella, como la luna de oro. Arroja claridad sobre mi sombrío corazón.

Como a un sultán te escoltan numerosos vasallos y entre ellos estoy yo. ¿ Reconoces mi voz ?

Desde que te fuiste, mis lágrimas no han cesado de correr.

Si te acercaras a mí, enamorado y gozoso iría a tu encuentro. Me arrojaría al suelo para que me pisaras y alegre daría mi vida por tí.

Dicen que el mundo todo arde en llamas de amor cuando tus pies menudos pasan apresurados. Dicen que cuando de pronto sales, a media noche resplandece el sol.

Aquel que está aprisionado por tu amor, contempla la Justicia y la Inmortalidad.

Pero sólo el que tú amas, vive. Sólo el que amas tiene alma.

El que no te ame con un amor de fuego, está entre las fieras y los brutos, tan dulce es tu voz ; dicen que más dulce que la miel.

Parece que se abren para ti todas las flores, tan inefable es el perfume que dejas al pasar ! ¿Por qué quieres que sufra yo entre espinas ?

Como un monarca poderoso libertas esclavos cuando quieres. Pero, jamás me creeré libre en esta tierra, si tú no me esclavizas.

Nunca habrá para ti felicidad en esta vida, Constantino, si has de estar privado de su dulce presencia. ¡ Oh, rostro radiante, figura de luz ! ¡ Déjame amarte !

Frík

Durante mucho tiempo se creyó que Frík fuera un pseudónimo de Khatchatour de Ketcharou; pero luego se probó el error. Pertenecientes ambos a una misma época de la que faltaron, y faltan aún, datos que podrían ser de valor para un estudio completo, y datos que hagan menos difusa la personalidad de Frík, se llegó a aceptar el posible desdoblamiento literario del poeta, a quien, según Zacaría, « Dios dió todos los dones ». Pero Khatchatour de Ketcharou fue una figura, casi podría decirse, opuesta a la de Frík. Hizo estudios religiosos y teológicos en el monasterio de Ketcharou, y luego, casi hasta el fin de sus días estuvo refugiado en el convento de Tathév. Era un monje erudito, un sabio monje. Pertenecía a una familia de príncipes, la de los Haghbak, descendiendo de uno de los grandes héroes armenios, Vartan Mamikonian.

Y Frík era de un origen no tan principal. Pero, como Khatchadour, escribía a veces en estilo popular. Y como esas piezas literarias suyas, parecían no estar en armonía con su producción clásica y con sus « taghs » famosos, nació la confusión.

Frík, tuvo menos renombre en su tiempo, acaso porque era un laico ignorante, como él lo dijo: « Nunca trabajé con doctores ni hice estudios ».

Nació a principios del Siglo XIII. Su familia quiso que fuera monje; pero su vida fue otra. Gozó de los

placeres del mundo, y luego sufrió reveses y conoció la miseria. Pasó sus últimos años en un convento. Cantaba naturalmente, espontáneamente. Y tenía talento. Su poesía, más mística que la de los mismos monjes, fue sin duda otro de los puntos que ayudaron a hacer la trasposición de estas personalidades. En sus cantos menciona a menudo a Dios y habla de la otra vida. Tal vez porque lo atormentaban sus pecados y el más allá.

Algunas de sus poesías figuran entre las más interesantes del medioevo armenio. Damos a conocer un pequeño poema, conservado en los archivos del Museo Británico (Manuscrito Nº. 107), copiado y traducido para « La rosaleda de Armenia » de cuya obra lo hemos traducido.

Lamento

Ha empezado a apagarse el ardiente fuego de mi juventud; y me invade la angustia.

Ni he ganado nada en este mundo, ni he ganado el otro; y no puedo dormir.

Las fieras, las bestias y los pájaros, tienen sus guaridas y sus nidos; yo no tengo nada y me desprecia cualquiera. Como un ebrio ruedo arrastrado, igual que un navío en el mar tormentoso.

Oye, Frik: deja todo. Refúgiate en la soledad del convento. Nada esperes de los príncipes ni de los amigos. Nada bueno te darán los hombres. Obedece a quien es dueño de tu alma y de tu espíritu. Tu única verdad, es que no te perteneces. Prepara tu alma para después, a fin de no tener que llorar eternamente.

Nahabed Koutchak

Nahabed Koutchak nació a fines del Siglo XV, en pleno florecimiento de la poesía popular, y su voz fue la primera voz propia que hizo oír Armenia en el mundo, siendo la que representa más típicamente aquella poesía. Sus canciones son dulcísimas; escritas en versos breves, ingenuos, frescos y deliciosos. Gabriel Mourey lo compara a Heine, haciendo notar que este poeta ha nacido cinco o seis siglos antes que Heine. Otros grandes críticos, al hablar de él, piensan en Saadí, Hafiz, Khayam y Li - Taï - Pé. En cuanto a sus compatriotas, lo aman como poeta y lo adoran como santo, porque consideran que la ternura de sus versos de amor, lo ha colocado por encima de los hombres. De ahí que su tumba, a orillas del lago Van, se haya hecho lugar de peregrinación, donde se le va a rendir el doble tributo que merece su aureola humana y divina.

Cuartetos

Yo dormía en la noche; pero el oído de mi corazón velaba.

El pájaro del amor cantó; mi corazón tembló silenciosamente.

Creí que la voz de mi alma renacía en el pico del ave.

Pero ¿quién le había hecho conocer los dolores de mi corazón?

Te alabas de alumbrar el mundo, ¡oh luna! Mas yo tengo otra luna entre mis brazos, su mejilla contra la mía.

¿No lo crees? Separaría los velos que la cubren... Pero podrías amarla.

Y temo que palidezca la luz que das al mundo.

¡Oh, tú mi hermosa! Envuelta en vestimenta color granada, has venido a mi aldea.

Al verte te amé con un amor joven. Tus gracias arrojaron fuego sobre mí.

He de rogar a Dios para que no te alejes. Y posaré mi mejilla sobre tu mejilla, para que olvides el camino que te trajo.

Noche, quédate largo tiempo: extiéndete un año. Mi amada ha venido. ¡ Hazte mil años !

¡ Aléjate, mañana ! No nos dejarías amarnos. Plena de luz vendrás a separarme de mi amada.

Mi pequeña alma, si me pides la vida, no te diré, no; hasta te la daría antes que me la pidieras; pero si me pides que te dé mis ojos, ¿ cómo haría para vivir sin verte ?

Quisiera ser una golondrina pequeñita para entrar en tu casa, y pasar allí todo el día.

Haría mi nido bajo la ancha cornisa, y cuando descendiera la noche, escondida en la noche, bajaría a tu lecho.

Quisiera ser la muselina de tu bata para ceñir tu talle, siempre, siempre...

O ser el cordoncito de seda que abraza tu cuello.

También quisiera ser agua, o tu vino de granada, para estar en tu vaso todo el día.

Acabaría por aproximarme a tu boca; y sintiendo tu beso, te besaría.

Era el día de la Asunción, y el jardín estaba de fiesta.

Rubia, con paso ligero, llegó hasta las viñas, arrancó un racimo dorado y lo escondió en su bata de muselina.

Cuando la bata se abrió, cayó sobre las flores una lluvia de oro.

Y el racimo dijo a las viñas: ya se han realizado mis deseos:

Vivir un día en su seno y no mil entre hojas.

Quisiera morir por tí. Tú, habrías cortado una mecha de mis cabellos, y la habrías encendido como una antorcha.

Para buscarme llevarías mis cabellos encendidos.

Pasarías sobre mi tumba. Con mis cenizas te frotarías los ojos.

Con tus brazos abrazarías mi cuello, y así besarías mi piedra funeraria.

Con su pequeña hacha en la mano, va el jardinero a podar el rosal.

Un ruiseñor, enamorado de una rosa, pone su cuello bajo el filo del hacha.

Inmutable en medio del rosal, la rosa finge dormir. Y sólo una frase dice: « Que Dios te recompense tu bondad ».

¿De dónde viniste tú, la más radiante de las flores?
Entraste en mi alma y me quitaste la paz. Recorriste mi corazón, sin salir nunca más.
Tropaste a mis pensamientos, y te esparciste sobre mis ojos.

En este mundo tú eres la alianza y yo soy el diamante que engarzas.
Tú eres la hierba que bordea el fresco arroyo, y yo el rocío que la besa.
Tú eres la manzana en la rama del árbol, y yo la pequeña hoja verde que le da sombra.
Y pienso temblando que va a llegar el otoño.
Y tengo miedo que te arranquen de mi lado, y que mi pequeña hoja se seque.

Hovhannés de Telgouran

Hovhannés de Telgouran, nació en el Siglo XV. Vivió en la Mesopotamia armenia. Fue sacerdote y poeta. Desde el año 1489 hasta el 1525 fue patriarca de Sís, y lo fue en horas difíciles para Armenia y para su iglesia.

Como poeta escribió en estilo popular y claro, habiendo sido uno de los primeros escritores armenios que pudo ver su obra publicada durante su vida, ya que veinte de sus poemas figuraron en una antología poética que en 1512 vió la luz en Venecia.

Su obra se divide en la que corresponde a la primera parte de su vida y que comprende poemas ligeros y sensuales, y la que pertenece ya a su época de religioso y que son cantos didácticos, históricos, patrióticos, religiosos y hagiográficos: poesía amorosa y poesía grave. En aquélla, a veces ya francamente erótica — y desde luego siempre, toda ardor y gracia, el poeta termina cada verso con un llamado a su cordura, mostrándose así humano y severo, en una oposición íntima, de hombre que temía y amaba.

Presentamos una poesía perteneciente a cada estilo y época, Su canto de amor, que es versión de un verso traducido por Tchobanian al francés, corresponde al manuscrito N.º 1999 Etchmiadzin; su canto de arrepentimiento, logrado en la misma forma, es de la colección de poemas que recogiera Castanian.

Canto de Amor

Se me apareció bella como una visión. Fluía luz de su garganta deslumbradora y colores de su rostro. Me sentí morir.

Son mares sus ojos; sus cejas, nubes oscuras; sus cabellos, torrentes de oro. Y es toda suave y fina como una hoja de pámpano: Arde el mundo, y es fuego por ella.

Tiene el gesto altivo; son sus pasos breves; y al seguirlos se pierden las almas.

Por ella es dulce el mundo; su gracia es río de miel.

Ardí entero como un cirio, cuando mis ojos la vieron. El terror me dominó y caí sin conocimiento.

Hovhannés de Telgouran, que tus pies no te aparten del buen camino; la muerte hará que en su rostro hermoso se marchiten y se evaporen los colores.

Sobre la muerte

¿Hasta cuándo pecarás, insensato, hombre impío? Has cometido demasiadas faltas. Es la hora de detenerte y arrepentirte.

Desde Adán hasta hoy, ni un solo ser ha seguido viviendo. Escucha los consejos de los libros y piensa lo que espera a los pecadores.

El que tenía fortalezas y ciudades y vivía en palacios enjalbergados de oro, también ha dejado todo y está ahora acostado bajo la tierra. Al que bebía buen vino, hinchándose como un puerco cebado, lo he visto cadáver repugnante y nauseabundo. El, que montaba soberbio corcel, blandiendo espadas, mísero quedó, extendido entre dos planchas. Mujeres ligeras, o mujeres hermosas que se adornan con diamantes, y se peinan con arte, lucientes como soles, adoradas por el mundo, se vuelven horribles el día de la muerte.

Cristo estará en su sitial glorioso para compensar a los que han amado; él dará coronas a los justos y arrepentimientos a los pecadores.

Hovhannés de Telgouran, que esté atento tu corazón y alerta tu mente; piensa ya ahora en tu salvación, para que arriba ciñas la corona de gloría

---

Naghache Hovnathan

— "Naghache" quiere decir decorador. Y se nombra por su oficio a Hovnathan, uno de los célebres trovadores armenios. Nació en Suník en 1691. Era gran poeta y gran pintor, pero más pintor, que poeta, y sobre todo, era un eminente decorador de iglesias. "Adornó muchas casas de santos", dijo su hijo Hakob en una elegía escrita cuando aquél murió. "Era esa su profesión — decía —; pero era además un hombre instruído, "fuente de ciencia". "Muchos monjes, doctores y teólogos iban a pedirle explicaciones y él respondía a todo". Y amaba la poesía; pero la cultivaba por amor, como aficionado, y llegó muy alto a pesar de ser para él un pasatiempo.

Su obra se compone de cantos religiosos, didácticos y satíricos, y cantos festivos y de amor. Una parte de ella está escrita en armenio clásico y la otra en el lenguaje popular y, en lo satírico, también en dialecto. Se piensa que conocía música y hasta se cree que escribiera sus cantos para ser cantados y que acaso él mismo cantaba en los banquetes y fiestas, como los viejos aedos. Sus temas fueron la primavera, el vino, la buena mesa, la mujer y el amor, en cuanto a lo sensual; y por la diversidad de su temperamento, escribió también páginas graves sobre la vanidad del mundo y otros motivos afines, pero que no tuvieron la originalidad que se encuentra en sus poesías inconsistentes y deliciosas.

Se ha dicho que era la suya la poesía de una naturaleza felíz y de un corazón luminoso. Y es en verdad una poesía serena, tierna y festiva, sonriente y de buen humor.

El Canto del Festín

Demos a Díos plenas gracias por habernos permitído una mesa colmada. Y roguemos para que nuestras almas vayan al paraíso. Bebamos, amígos, y gocemos en paz.

Hoy es día de alegría, que nadie esté triste. Tenemos fuentes repletas de corderos al horno. Y un vino agradable, con el arroz y el asado! Bebamos, amigos, y gocemos en paz.

Tenemos rosas, albahacas, claveles, flores simbólicas; ahí están las botellas llenas de vino rojo, deleitoso y fuerte; tenemos peras, membrillos, verdes pepinos y manzanas rojas. Bebamos, amigos, y gocemos en paz.

Sobre nuestra mesa hay narcisos y helechos, jazmines y jacintos. Adolescentes con voces dulces como ruiseñores cantan himnos y canciones. Gocemos los placeres del cuerpo y no descuidemos los deberes del alma. Bebamos, amigos, y gocemos en paz.

Por favor que acallen sus celos celosos, para que no tengan ellos tampoco que arrepentirse amargamente después en la muerte. Es efímero, como un negro sueño, este mentiroso mundo. Bebamos, amigos, y gocemos en paz.

Que no se apague el fuego de la amistad, pues día a día es más mala la humanidad. Escanciemos nuestras copas llenas, ¡el vino abre el apetito! Bebamos, amigos, y gocemos en paz.

Bebiendo comed vuestros platillos, y entregaos sin excesos a la alegría. Bebeb todos a la salud, cada uno del otro. Y que se abra un buen tonel. Respirad incienso y agua de rosas. Sed felices. Bebamos, amigos y gocemos en paz.

Soy en este mundo el huésped de un día. Me moriré mañana, ¿preguntará alguien por Naghache Hovnathan? Que para siempre respire la inmortalidad quien me rece una oración. Bebamos, amigos, y gocemos en paz.

Saïat-Nova

Saïat-Nova es un excelso cantor del amor y alta gloria de la lírica armenia. Nació hace siglos en Tíflis. Fue aprendiz de tejedor. Maravillosa criatura ya entonces, inteligente y sagaz, que inventó para bien de su amo una máquina, mil veces más diestra que sus diestras manos. Luego aprendió a leer y estudió cosas elementales, y compuso versos y música, recorriendo con un « kemantchi » — especie de violín — los caminos y pueblos del Cáucaso, su tierra. Y por ellos cantaba, ya en armenio, ya en georgiano, ya en tártaro, ya en turco. Su fama se extendió pues, rápidamente, cautivando con su arte todas las comarcas de ese lado de Armenia, rebeldes y guerreras. Se abrieron para él los palacios. Lo festejaron las cortes. Lo amaron las princesas. Y hasta se piensa hoy que, en su poesía « ¡ Oh, luz de mis ojos ! », habla con palabras que se refieren a sus amores con la hermosa Tamir, reina de Georgia. Cierto es que Saïat-Nova tenía a favor de su talento de artista, su belleza viril, que hacía que a todos pareciera un dios. Y esto hizo que fuera un aedo espléndido y espléndidamente amado, él, que tenía además hogar, familia e hijos. Sin embargo, un día resolvió abandonar su atractiva existencia de honores, favores y magníficos sueños, y su secreta, apacible, vida íntima, alejándose de todo, para encerrarse en un convento. Pensaba en la falacia

de las cosas y en la vanidad de las ilusiones, porque sí es verdad que siempre cantó a la alegría y al amor, lloró siempre también cosas que nadie entendía.

Los musulmanes lo soprendieron de oración, arrodillado en la iglesia, cuando en una de las tantas guerras, vencedores, entraron a saquear su convento. Era ya entonces un anciano, a quien creyeron poder imponer su fe y arrancar a su religión. « Ni abandonaré esta iglesia ni traicionaré a Jesús » fue su escueta respuesta. Y su cabeza rodó desprendida por un sable afilado.

Sucedía este trágico episodio en Setiembre de 1795. Y años y siglos han pasado sin que en Armenia decaiga el entusiasmo que despertó su poesía encendida, fresca, y desbordante de amor. Y allí, y sobre todo en el Cáucaso, se cantan de memoria, los versos de este rapsoda de voces profundas y humanas, y se le tiene a él también en la memoria.

¡Oh, luz de mis ojos!

Que tu oído esté atento, ¡oh, luz de mis ojos! que voy a rogarte;

Merecen tus pupilas, ¡oh, luz de mis ojos! contemplar las ansias de mi corazón;

¿Acaso te he dañado, ¡oh, luz de mis ojos! acaso te he ofendido?

¡Oh, luz de mis ojos! el mundo se ha saciado del mundo y yo tengo aun sed de tí.

¿Alguien ha podido no querer a su amada? ¿Qué hiciste? ¿Qué es esto?

Tu amor me ha enloquecido. ¡Ardo! ¡Ardo!

Sufro lo que no soporta sino el que sabe amar.

Como a un pájaro, tu amor de fuego quemó mi corazón, ¡oh, luz de mis ojos!

A mis amigos volviste enemigos, tú, que quieres que sea el amigo de los extranjeros!

Aunque quiera, no puedo ya recordar mi pasado:

Y es penoso; Dios es testigo. ¿Cómo quieres que descanse mi mente?

Pero es un mar tu amor, y yo soy un débil bote, ¡oh, luz de mis ojos!

Pero no se oirá asimismo una queja aunque mi corazón arda en mil penas;

A nadie diré, Shah, que eres mi bálsamo.

Y dijo Saïat-Nova: ¡Despiadada! no llamaré muerte a la muerte, si con tu cabellera suelta te inclinas a llorar sobre mi tumba, ¡oh luz de mis ojos!

Djivani

Djivaní, se llamaba Séropé Lévonian. Nació en el año 1846 en una de las ciudades del Caúcaso. Fue un hombre de pueblo, casi sin instrucción, pero talentoso, de un gran talento poético. Dejó una obra rica, hermosa, a momentos llena de ironía, siempre lírica y de un exaltado patriotismo. Narraciones, cantos, pensamientos sencillos y sanos, dieron a su obra variada una popularidad que trascendió pronto fuera de Armenia. Pero lo más importante de este poeta fueron y siguen siendo sus canciones, difundidas por un pequeño volumen publicado en París bajo la dirección del poeta armenio Archag Tchobanian. Murió este poeta a principios del Siglo XX.

Oración

¡Socórreme, oh Creador, a mí, a quien nadie asiste! Quiero rezar, pero mi corazón está triste y paralizada mi voz.

Señor: tú eres más fuerte que los fuertes, más poderoso que el poder. Ningún príncipe te iguala; tú eres rey entre los reyes.

¡Oh Creador! ¡Muero porque me niegas tu presencia, oh fuente de toda vida, santo y justo señor! ¡Tú que levantas los corazones heridos y das consuelo a las almas, no limites para mí, tu misericordia!

Me dirijo a tí, Señor, para que acojas mi plegaria desolada, yo, ínfima criatura, lodo de pecados.

Padre, no me rehuses tu sagrado espíritu; tú eres mi solo, mi único refugio.

Período Neoclásico

Período Neoclásico

El año 1717, el gobierno de Venecia cedió a los monjes del convento de San Lázaro, la isla en que éste había sido construído por el abate Mikhitar. Desde ese momento adquirió el lugar movimiento y fama, convirtiéndose en centro principalísimo de cultura armenía. El fundador de esa escuela se había propuesto lograr la conservación y propagación del idioma armenío, y a su alrededor se constituyó la que se llamó escuela de los Mejitaristas, y a la que correspondió el neoclasisísmo que dominó el período comprendido entre los años 1750 y 1850.

Se conservan aun muchos manuscritos, obras de los monjes, piezas de gran valor y belleza. Existió allí también una de las primeras imprentas, y se tradujeron obras clásicas, dando versiones armenias de Homero, Sófocles, Virgilio y Horacio, entre otros.

De la escuela neoclásica, fue Arsenio Bagratouni, autor de « La Epopeya de Haïk », posiblemente la personalidad de mayor interés, y alcanzó su obra de un alto e indiscutido valor dentro de la literatura armenía. Y fue también muy respetado por la crítica, del padre Tchamitchian, autor de valiosos textos de historia, y muy admirado el poeta Alishan, autor de una extensa y esplendorosa obra, fecundo en trabajos y de imaginación fecunda, que escribió « Los cantos de Nahabet », « Ararat », « Sisvan », « Schirak », « Armenismo », « Recuerdos de la patria » y « Músicas ».

La literatura moderna

La literatura moderna

Desde 1850, la literatura armenia se hizo más occidental, poniéndose en comunicación con el mundo europeo y modificando en algo su acento que, si bien conserva el dejo exaltado y patriótico de siempre, da entrada también a voces menos locales.

Kamar Katiba, Nalbatian, Thoumanian y Aharonian que, se sindican con vigorozos relieves, son los cantores de la Armenia revolucionaria y mártir.

Chahazizian, Lusignan, Terzian, los Tourian, Sibylla, Vopérian, dan a la escuela romántica armenia sus voces encendidas, llenas de matices, semejantes para muchos a las Hugo, Lamartine, Musset, Byron, Goethe, Schiller y, los italianos más célebres de la época.

Luego surgió en la lejana Armenia una escuela simbolista: la de Malézian, Siamanto, Kéléchian, Derian, Nazariantnz, y Zarafian. Y más tarde, casi a principios del siglo, una nueva tendencia, vigorosa, fuerte, social.

La unidad de Armenia, destruída por las guerras, creó como un cisma también en su literatura, dándole una estructura, si puede decirse de caracteres no comunes. Tres centros literarios, distantes entre sí y no comunicantes sino por el ideal común, aglomeraron alrededor de tres ciudades a grupos cientificos, literarios y artísticos: Tiflis, Constantinopla y Venecia. El prime-

ro alcanza más valor dentro de lo científico que de lo artístico y dentro de lo literario, más oriental, más armenio, digamos, más autóctono; el segundo: Constantinopla, es el grupo estéticamente más calificado, y hasta a fines del Siglo XIX, el más moderno. Fue durante mucho tiempo el que estuvo más a tono con la hora y es tal vez el más vigoroso, aunque Tiflis recobró gran potencialidad debido a que últimamente sus poetas y escritores, levantando en alto el estandarte revolucionario y social, inyectaron a su literatura una savia fuerte, entusiasta, comunicativa, abriendo surcos e imponiendo su escuela. En cuanto al tercer centro, el de Venecia, si bien interesante, no está a la altura de los otros, tal vez, porque sus características, de reconstrucción, que lo han llevado hacia lo antiguo, no son realmente las más a propósito para perdurar e imponerse, aunque lo sean para continuar y transar.

Kamar Katiba

Kamar Katiba, el padre de la poesía nacional, como se le llama en Armenia, nació en Nor - Nakhitchévan, en el año 1830. Pertenecía a una familia de abolengo y prestigio en su país; y nunca firmó sus producciones con su nombre, que era Rafael Batganian. A los veintidós años hizo entrada en las letras bajo el pseudónimo que adoptara y con el que se hizo famoso. Estudió en Moscou, y fue allí donde publicó su primera composición. Su verbo vivísimo y patriótico, de gran empuje y, fuerza casi revolucionaria, le granjeó simpatía y rápida celebridad entre sus compatriotas. Pero sus versos, de valor intrínsico, hicieron que en el extranjero se le reconociera también como poeta de calidad.

« Las lágrimas del Araxe », es el título que lleva una hermosísima página suya, la que dió a su nombre el primer halo de gloria. Es una poesía emotiva y melancólica, casi un lloro sobre la Armenia perdida que, en su tierra se canta con la contricción de los que se encuentran desposeídos hasta del supremo derecho de poder sostener su razón. Pero en general la poesía de Kamar Katiba es vibrante y viril y, no queja, sino arenga. Fue un valiente escritor, un escritor patriota, y precursor del renacimiento literario de su tierra. Murió en 1892, dejando una obra lírica duradera.

Los armenios te desprecian

Eres un mercader inteligente y hábil, y dicen que eres rico; pero si de nada sirve a Armenia tu fortuna, te despreciamos y escupimos tu fortuna.

Eres un hombre ilustre y valiente, no lo ignoramos; tus hazañas te han hecho famoso en todas partes; pero si de nada sirve a Armenia tu espada, te despreciamos y escupimos tu espada.

Gracias a Dios tienes talento y, eres célebre en el mundo entero; pero si tu pluma no hace nada por Armenia, te despreciamos y escupimos tu pluma.

Por tu espíritu clarovidente, te has impuesto como un gran señor, y eres el igual de los grandes y los poderosos; pero si de nada sirve a Armenia tu clarovidencia, te despreciamos y escupimos tu talento.

Sabemos que eres empeñoso y diestro, y que cinceelas objetos singulares y preciosos; pero si tus manos no sirven para embellecer a Armenia, te despreciamos y escupimos tus manos.

Te ha dado el cielo una rara elocuencia, posees genio, y te haces admirar como tribuno; pero si de nada sirve a Armenia tu elocuencia, te despreciamos y escupimos tu elocuencia.

Te reconocemos como gran estudioso, te consideramos un sabio; se te alaba, y, el mundo se inclina ante ti; pero si de nada sirve a Armenia tu ciencia, despreciamos tu ciencia. Y ¡te escupimos!

¿Tendremos todavía que callarnos?

¡Tendremos todavía que callarnos, oh hermanos míos! ¿Podremos callarnos mientras el enemigo esgrime sobre nuestras cabezas su espada asesina, sin escuchar nuestras quejas? Decid, hermanos, ¿debemos callarnos?

¿Tendremos que callarnos mientras el enemigo canallescamente se ha apoderado de nuestro país? ¿No ha borrado de la tierra el nombre de Haïk? ¿No ha destruído la casa de Thorcom? ¿No nos ha arrancado el poder, nuestro idioma y las armas? ¿Tendremos asimismo que callarnos?

¿Podremos todavía callarnos, a pesar de que el enemigo ha roto las espadas de nuestros guerreros? ¿No ha robado los arados a nuestros labradores? ¿No ha forjado cadenas con los arados y las espadas? Ahora somos sus prisioneros; somos los prisioneros de sus cadenas. ¡Desgraciados de nosotros! Pero ¿quién nos obliga a callarnos? ¿Deberemos callarnos todavía, mientras el enemigo, un enemigo sordo a la voz de la justicia, con el alma putrefacta por el odio y por la hiel, nos echa de nuestros propios hogares? ¡Hermanos! ¡Hemos perdido nuestra tierra! ¿Deberemos todavía callarnos?

¿Cómo podríamos callarnos, si el enemigo despreciando nuestras glorias seculares y pisoteando nuestras creencias, nos ha entregado a un rebaño de lobos? Los santuarios han sido profanados. Nos han quitado los santuarios. No se nos deja rezar. ¿Deberemos callarnos?

¿ Tendremos asimismo que callarnos ? . . . ¿ Qué dirían los hombres, si en vez de nosotros, protestaran las piedras ? ¿ No se pensaría que los armenios merecen la suerte vil de la esclavitud ? Pero ¡ no ! ¡ Cómo, vamos a ser nosotros la vergüenza de esos antepasados que son nuestro orgullo ! ¿ Quién se animará a callarse ?

¡ Qué se callen los tarados y los locos ! ¡ Qué se callen los que puedan doblegarse al látigo enemigo ! Pero jamás deberemos someternos nosotros. ¿ No somos valientes ? Sí lo somos, hagamos frente al enemigo.

¡ Librémonos de él ! ¡ Librémonos, coronados de gloria, o llevados por el carro de la muerte ! Sólo la muerte puede hacernos callar. Sólo muertos, los armenios tendremos derecho a callarnos . . .

Canción de cuna

¡Ven, ruiseñor! Abandona los jardines y los bosques; adormece a mi niño con tus melodías.

Pero, ¡llora siempre! ¡Vete, ruiseñor! Mi hijo no quiere ser cantor de iglesia.

¡Ven, oh alondra! Abondona los campos y los pastizales. Mece a mi hijo con tu canto, para que pueda dormir.

Pero, ¡llora siempre! ¡Vete, alondra! Mi hijo no quiere ser monje.

Abandona, ¡oh paloma! tus pequeñuelos y tu nido, y adormece a mi hijo con tus arrullos.

Pero, ¡mi hijo llora siempre! ¡Vete, paloma! Mi hijo no quiere ser un plañidor.

Tú, hábil gorrión, ávido y rapaz, ven a adormecer a mi hijo con tus historias de tesoros.

Pero, ¡llora siempre! Mi hijo no quiere ser mercader.

Interrumpe tu caza, halcón bravo e intrépido. Tal vez tu canto plazca a mi hijo.

Desde la llegada del halcón ha dejado de llorar, mecido por un canto de guerra.

Miguirditch Béchiktachlian

Nació este poeta en Constantinopla en 1828 y murió en la misma ciudad en 1868.

Brilló y fue admirado como poeta lírico, alcanzando en Armenia una gran popularidad. Se le tuvo siempre por eminente poeta, y se cantó y se canta su poesía triste y desencantada.

Escribió también con singular acierto para el teatro, habiendo sido además profesor de estética. Y como profesor de estética fue escuchado, respetado y seguido, dejando discípulos y preceptos, y formando escuela.

Sus compatriotas lo siguen venerando ahora, a los tres cuartos de siglo de su muerte. Y su tumba que se ha convertido en sitio de peregrinaje, se halla constantemente cubierta de flores frescas.

Primavera

¡ Oh ! Es dulce y fresco tu aire, esta mañana, oh brisa, que acaricias las flores y las trenzas de la fina virgen. Pero no eres la brisa de mi patria. ¡ Aléjate de mi corazón !

¡ Oh ! Es tierno y cautivante tu plumaje, oh pájaro que estás sobre las ramas. Tu voz canta en los bosques las horas del amor. Pero no eres un pájaro de mi patria. ¡ Canta lejos de mi corazón !

¡ Oh ! Es suave tu murmullo, arroyo claro y sereno. En tu linfa cristalina y pura se miran la niña y la rosa. Pero tú no eres el arroyo de mi patria. ¡ Vete, corre lejos de mi corazón !

Aunque las brisas y los pájaros de Armenia vuelen sobre ruinas, y aunque el enturbiado arroyo de Armenia corra entre cipreses, suspiro por ellos, porque mi patria está en mi corazón.

Miguel Nalbantián

En Octubre de 1830, nació en Nor-Nakhitchévan, Miguel Nalbantián, el talentoso poeta armenio que murió en 1866, a los treinta y seis años. Hizo vastos estudios, dedicándose especialmente a los problemas sociales, filosóficos y económicos. Fue periodista, y fundó una importante revista en la que, bajo el pseudónimo de Conde Manuel, escribía sobre los temas sociales, que tanto le interesaban. Era un hombre de inteligencia y cultura poco comunes. Y fue un poeta en la vida, además de serlo en las letras; fue un poeta activo, viril, nervioso, propagador entusiasta de los ideales socialistas y que, con su libro « Cantos de libertad », dió su hondo y exaltado acento, el de sus firmes convicciones.

Canto de libertad

Cuando el Dios de la libertad se acordó de mí para vigorizar con su soplo mi cuerpo de arcilla, yo, recién nacido, extendí mis dos manos e impotente abracé la libertad.

Cuando en la noche, inquieto, entre lienzos, desde mi cuna turbaba con mis lloros incesantes el sueño de mi madre, y sin descanso imploraba libertar mis brazos, ese día, juré amar la libertad.

Cuando mi boca infantil empezó a balbucear y mis padres sonrientes festejaban mi voz, mi primera palabra no fue madre ni padre; de mis labios de niño salió un grito de libertad.

—¡Libertad! me repitió el destino desde los altos cielos; ¿quieres desde este instante servir a la libertad? Va a ser tu camino espinoso, y sufrirás innúmeras pruebas; estás en un mundo demasiado estrecho para el que ama la libertad.

¡Oh libertad! exclamé: que brama el rayo sobre mí, que ruja el hierro, los relámpagos y el fuego, que sin descanso me cerque el enemigo hasta mi última hora, que me lleve al patíbulo, o al deshonor de la picota, gritaré y volveré a gritar siempre, siempre: ¡Libertad!....

Miguirditch Adjémian

Miguirditch Adjémian nació en los alrededores de Constantinopla el año 1838.

Fue un poeta romántico y amable, amante de todo lo bello. Escribió « Sonrisas y lágrimas », « Voces vibrantes » y « Brisas primaverales ». Además de sus obras propias, publicó interesantes traducciones de distintos idiomas, que, llevó al armenio sin que desmerecieran de sus originales.

El Crepúsculo

Emocionado miro los rayos bermejos del crepúsculo que traspasan entre el verdor espeso del ciprés y, que lentamente se apagan. En la montaña desciende la noche.

Bajo una caricia de luz, las ondas azules se alegran, y por momentos se espesa la bruma, húmeda mortaja. En el mar desciende la noche.

Pronto se disipan sin embargo las nieblas, y los montes y el mar, los bosques y los campos se encienden de claridad y de gozo, porque la faz dulce de la luna se refleja en la tierra.

Pero ! ay de mí ! una cerrazón gris cubre el gracioso bordoneo de mis sueños; mi alma es una novia de duelo y mi crepúsculo es lívido. La noche desciende en mi vida.

Cuando la muerte triunfadora abra sus alas de sombra sobre mi cuerpo fatigado; ¡ ah, quiera Dios que la sonrisa divina de mi amada, desde el cielo, se refleje en mi alma !

Sembat Chahazizian

En Setiembre de 1840, nació en Ashtarag, Sembat Chahazizian. Su familia era noble y estimada. Tuvo una vida fácil y una educación completa. Y luego, definiendo su vocación, encauzó su inteligencia en el periodismo y en la poesía. Fue un poeta delicado. Tenía una pluma ágil y llena de gracia, y poseía una riquísima imaginación. Siguió las huellas de los románticos y recibió muy principalmente influencia de Lord Byron, con quien se le encuentran semejanzas. Su mejor obra es « El dolor del Levón », un canto impregnado de tristeza y de dolor por los sufrimientos de su raza. Damos de su poesía, una pequeña muestra : « El sueño », que es un verso de una fina sensibilidad. Murió este poeta en Moscou, en el año 1907, a los sesenta y siete años.

El sueño

Oí una voz muy dulce: era la de mi madre envejecida. Temblé de felicidad. Pero, no fue sino un sueño.

Allá abajo, una fuente susurrante hacía rodar sus perlas en cascadas; era pura como un cristal. Pero no fue sino un sueño decepcionante.

Y la triste melodía materna me hizo acordar de los días de mi infancia: sentí un beso de mi madre. Pero no fue sino un sueño.

Me abrazó con ternura y enjugó mis ojos húmedos; sin embargo mis lágrimas corrían: ¡Ah! ¿Por qué no fue esto un sueño?

Khoren de Lusignan

A Khoren de Lusignan se le conocía por el nombre de Nar-Bey, que quiere decir Príncipe de la Luz. Era arzobispo, y pertenecía a una de las más ilustres familias cilicianas, siendo hermano del príncipe Guy de Lusignan, último descendiente de la familia de los Lusignan que reinaron en Cilicia. Nació en Constantinopla al correr el año 1841. Estudió en el convento de San Lázaro de Venecia. Tenía un físico extraordinario, una palabra fácil y elegante, los modales aristocráticos de un gran señor; era un distinguido y ameno orador, un poeta lírico de alto vuelo, y dejó versos apasionados y románticos, con una influencia acusada de Lamartine. Fue también el traductor de Lamartine al armenio. A propósito de esa comunicación que, estableció entre Armenia y Francia, recibió una carta de Víctor Hugo, elogiando su obra, y en la que le decía: « Somos dos poetas y dos sacerdotes; pero su calidad de poeta me basta, y nuestras manos pueden apretarse ». Lamartine aprobó también la traducción, que, como él decía, le daba una gloria lejana, al llevar su voz hasta el Ararat, agregando la esperanza de que la llevara también hasta la inmortalidad. Es probable sin embargo que, la obra de Lusignan haya sido menos brillante que su vida, ya que, sobre sus obras, perdura su recuerdo.

Asimismo su pluma elegante dejó versos inspirados. Pero, no pudieron salvarlo de esos últimos años en los que conoció la ingratitud y la miseria. Y Lusignan murió abandonado, en un barrio pobre de Constantinopla, el año 1893, a pesar de que, según Víctor Hugo, « llevaba la sangre de las viejas razas y poseía el espíritu de las razas nuevas ».

Fue director de una revista que se publicaba en París, y dejó una obra poética sino extensa, en la que se muestra sensible y patriota. En una de sus poesías hace cantar a la madre armenia, y es un verdadero canto a la mujer armenia; madre y patriota. En otra, una de las últimas, presintiendo su fin, repite como motivo musical, una misma pregunta: « Mi pequeño pájaro, va a llegar pronto el otoño; ¿ Me encontrarás aun el próximo invierno? » Y termina: « Mi pequeño pájaro, dentro de unos días la muerte me separará de los que amo. Por última vez oigo ahora tu dulce canción entre las ramas entristecidas... Tal vez sobre mi tumba no vuelen sino el milano y el cuervo; quizá se oiga únicamente la queja del buho, y nunca un canto tierno... Mi pequeño pájaro, quiero que cuando vuelva la primavera y los hombres me hayan olvidado, te acerques a mi tumba y te acuerdes de mí... » Y se conformó anticipadamente con la fidelidad del pájaro, como Byron con la del perro.

Recuerdo armenio

Cuando estéis reunidos en vuestras solemnes fiestas, unidos por el afecto, colmados vuestros deseos; cuando la alegría y el amor enternezcan vuestras almas, ¡no olvidéis a Armenia!

Cuando las tristezas apreten vuestros labios y vuestros ojos se ahoguen, llenos de amargas lágrimas; o cuando consolado, vuestro corazón suspire en silencio, ¡pensad en Armenia!

Cuando el canto de la golondrina, tan dulce para el desterrado, golpee vuestros oídos, y el presagio de la feliz primavera se extienda por la tierra, ¡acordaos de Armenia!

Cuando respiréis el céfiro perfumado, que tanto ama el corazón, aquel céfiro que ya no abanica los árboles de nuestros campos ni da lozanía a las rosas que se abren en las tumbas, ¡pensad en Armenia!

Cuando los extranjeros os hablen de sus países, y orgullosos os cuenten sus glorias; no os dejéis deslumbrar, ni os apenéis tampoco; pero, ¡pensad en Armenia!

Cuando a la vista de su propia tierra, ellos os muestren sus bellezas, y os hagan pensar que es dulce tener una patria, ¡pensad en Armenia!

Recordadla también, cuando uno de vuestros hermanos se os acerque para compartir con vosotros el destierro y las penas. No seáis con él indiferente. ¡Pensad en Armenia!

Abridle vuestros brazos, ofrecedle vuestro techo; acordaos que él también ha nacido en vuestra tierra, y que sus ojos tuvieron la felicidad de abrirse al sol del Edén... ¡Acordaos de Armenia!

No lo olvidéis... El podrá deciros donde está Armenia, la lejana Armenia, y qué caminos os llevan a ella. ¿Puede acaso estar lejos de vuestros corazones, la lejana Armenia? ¡Oh, armenios! ¿No os acordáis de Armenia?

Tomás Terzian

En el año 1842 nació en Constantinopla Tomás Terzian. Su padre era un sastre italiano y su madre una armenia. De situación modesta, recibió asimismo una educación muy superior y completa. De ahí que la carrera de Terzian, como su vida misma, llevara una línea ascendente. Pero no impidió esto que fuera la suya una existencia tristísima, la que en sus versos se entrevé con sonidos de eco.

Sus padres murieron cuando era todavía muy joven, habiendo sido recogido por los monjes Mikhitaristas de Venecia que lo educaron en su famoso seminario. Pero esa educación, tan cuidada, lo hizo soportar el rigor, el deber sin atenuaciones y las reglas estrictas.

Su naturaleza, ya de por sí inclinada a la melancolía y a la soledad, sufrió así hondamente. Y esa ausencia de vida afectiva, que tanto extrañó, preparó o aumentó sin duda su romanticismo y quien sabe si también acusó su emoción poética y la necesidad de hallar en la poesía un refugio. Fue un desamparado, o así se creyó, un alma desencantada que, soñó entre las tumbas del convento que le diera hospitalidad.

Murió a principios del Siglo XX. Durante muchos años dió clases en el Liceo Imperial de Péra. Y fue condecorado Caballero de la Legión de Honor. Pero,

sobre todas las cosas fue un poeta, dramático, sensible y fino, y un poeta al que no bastaban títulos, ni fortuna ni gloria, porque fue un alma huérfana, desconsolada, dolorosa y sedienta de cariño.

Mi vida

Un día llegará en que liberado de mi torpe, pesada vida, duerma junto a los que amé; junto a los que hoy entristecen mi sueño.

¡Ah! Plegue a Dios que mi tumba se abra sobre las colinas del Bósforo que se reflejan en las aguas llenas de azul; colinas verdeantes y floridas hasta la eternidad.

Sobre mis mármoles se romperán entonces las olas, todas verdor y tornasol. Y la pálida luna encenderá de plata mis cipreses.

Envuelta en la blanca vestidura de los muertos, inmóvil, en la paz del blanco mausoleo, mi alma escuchará las canciones de los pescadores y el dulce juego de sus remos en las ondas.

¡Ah! En vano buscaré a mis amigos; el viento de la Muerte los ha de dispersar.
¿Sobre qué lejanas riberas irá a vencerlos el sueño?

Vendrá una nueva generación, con nuevas esperanzas, con otras sonrisas, con lágrimas recién nacidas, insensible a mi dolor, indiferente a mi tumba.

Sólo de tí, ¡oh inmutable, divina naturaleza! entre el vacío, en el olvido, recibiré la única sonrisa.

El ciprés

Vi un ciprés enlutado, plantado al borde del mar azul. Acunadas por los vientos, sus sombrías hojas murmuraban un canto desolado.

Una campanilla, enredándose, trepaba cercando sus ramas, esparciendo en sus tinieblas, dulces, perfumadas sonrisas.

¿ No eres mi vida, oh ciprés esbelto y melancólico? ¿ No eres tú, campanilla, mi ángel, tú, que meces mis pesares?

Elías Demirdjíbachían

El más grande de los poetas armenios, Elías Demirdjíbachían, nació en Constantínopla el año 1851. Tenía además de genío, una cultura vasta, sobre todo en materia filosófica, siendo poeta, y pensador profundo y desencantado. Littré, Schopenhauer, Comte y Sakía-Mouní, fueron ejerciendo sobre él una influencía que quedó imprimida en su obra. «Mí alma y mí cuerpo están llenos de heridas», decía, y vivió sufriendo. Sintió constantemente el vértigo del abismo. Pensó y escribió obsecado por la nada, y temiendo la muerte que él mismo bordeaba. Luego, voluntaria, o necesariamente, se alejó de la sociedad de los hombres, donde obtuviera los más brillantes triunfos, sólo porque su espíritu pesimista, meditativo y misántropo, lo llevó a vivir la soledad de los ascetas. Así, para siempre ya su tristeza quedó convertida en un mal sin cura, en una enfermedad mortal, hasta que un día, se arrojó al mar de Mármara. Pero no murió.

«El canto del buitre», esa magnífica poesía que escribió después del terrible episodio, y en la que hace alusión a aquel instante, es entre sus muchas páginas bellísimas, una de las que encierra una más espantosa verdad. En ella Demirdjíbachían dejó desnuda su desesperación, mostrando su trágico mundo interior. Y en «Miserere», otra de sus poesías más patéticas, ha mostrado el proceso de su transformación filosófica

y de su fe perdida que, va a arrojarlo, una vez y luego otra, de nuevo, a la muerte.

Y así se desenvolvió la vida de este poeta, que fue poeta en un grado que nunca alcanzó como filósofo, pero sin conseguir manejar la belleza, sino para acusar aun más, el horror de un pensamiento, casi ya semejante a un castigo. De ahí que su existencia, cerrada de angustias, terminara bajo las alas implacables del negro buitre que voló siempre sobre él; y que una mañana del año 1908, se le encontara ahorcado en su cuarto.

Fue durante muchos años profesor de literatura en la Escuela Central de Galata; dirigió con autoridad, nunca discutida, diversas revistas literarias y filosóficas; se le reconoció y fue crítico, historiador, filósofo, periodista distinguido, y escritor de talento, sobresaliendo en todo. Pero la consideración y la fama, fueron siempre para él, cosa vana y sin gracia.

En este volumen se publican dos poesías, especialmente significativas y de las que ha llamado la atención esta nota.

El canto del buitre

Un gran pájaro negro, como una nube negra, vuela sobre mi cabeza de cabellera negra. Es mi ángel. Me vela. Pero es tan negro mi ángel como una noche negra, como un infierno negro.

Es terrible el negro pájaro, de alas desplegadas como un demonio, de largo y siniestro pico. Vuela sobre mi cuerpo y a mi alrededor, y me digo: « ¿ Cuerpo fatigado, te has muerto ya ?... »

No hay en sus alas ni el más leve blanco; la noche está en sus alas aterradoras. Y con sus garras negras como agudos puñales, como un perro hambriento aúlla sobre mí.

Oscurece la luz con sus alas inmensas. El cielo está sombrío; lúgubre, es la tierra una celda. Todo es sombra en las olas y en los campos. El pájaro esconde a mis ojos, la nieve y el rayo.

No me veo más; ¿ estaré siempre lívido ? Ya ni el claro rostro de la virgen veo. Negros son los astros, negro es el lago, negro está el lis. ¿ Qué voz es la que oigo ?... Es la del pájaro. Aúlla como un perro.

Me parece que estoy junto al abismo y que el negro pájaro presiente mi cuerpo frío. Me parece que las musas se disputan con él por mí. Y oigo que le gritan: « ¡ Vete, su cuerpo es nuestro ! ».

Pero es fuerte. El pájaro negro es implacable y cruel y no oye súplicas ni quejas. La hora de mi muerte sonó ya hace diez años y estoy bajo sus alas inmensas y siniestras...

Era una noche clara... En la roca de Moda, en un mortal combate, morí ya hace diez años. Estaba mi enemigo en mí. Era la materia. Me dijo: «Todo es quimera: la vida, el amor y la gloria».

Era yo entonces joven, tierno, estaba esperanzado. Me batí contra mí, diciéndome: «¡Vamos, de pie, alma mía! ¡Persigue al monstruo!...» Fue en vano... Supe que había perdido.

«Yo soy la amante — me dijo la materia — soy yo quien domina el universo para la eternidad...» Y me mostró el sol y el mar. Y del fondo de las olas oí una voz muy dulce.

¡Materia, Nirvana!.. Con ellas me tocó esa noche la muerte. Dormía Dios... Y mi pobre alma desfallecía... Sobre la luna, enorme, fantástica, aterradora, una mancha de sombra se iba acercando a mí.

Me había muerto... Del lado de la luna, vino el buitre rapaz. Hundió su pico en mi desnudo pecho. Del lado de Jesús crucificado, sentí su caricia, y bebió mi sangre...

Bajo las alas del pájaro negro y trágico, vago por la tierra... Es mi ángel. Ya no llevo otra cruz, me ha quitado la fe... Y no soy sino un cadáver vivo.

Como la luna, firme o desmayado, mi espíritu muerto sigue sus alas negras. Ahora yo animo al buitre; y aun enseño a los niños... Pero tiemblo cuando se habla de amor.

¡Ah! Cómo devora mi cuerpo, el pájaro negro!... ¡Salvadme!... ¡No puedo seguir sufriendo este dolor!... No he muerto del todo... Amo todavía... ¡No, no soy el Antecristo!... No me he muerto aun.

¡Ah! Diez años, es horrible!... ¡Pájaro negro, basta! ¿No te ha hartado mi cuerpo? Aun veo al pájaro negro; veo el cielo negro, la tierra negra; ¡es demasiado! ¡No puedo más!... Debo morir...

Miserere

No puedo, ni quiero engañarte, alma pura ¡Perdóname que te haya adormecido tanto tiempo con quimeras!

Como el perfumado incienso que sube en sagrados espirales, subí yo hasta el cielo, desde lo hondo de tu esencia divina.

Tenías palabras dulces; tu presencia facísnaba; mirabas profunda y conmovida, y te engañé ¡oh mi alma!

Tus ruegos subían siempre directamente al cielo, donde la vida es paz, entre los elegidos bienaventurados.

Sin embargo, no me oigas nunca más, ¡oh mi ángel! No oigas lo que voy a decirte... Siempre encontré el cielo vacío... Un Dios inútil... Un amor ilusorio...

¡Ten piedad de mí!

Bedros Tourian

Bedros Tourian nació en Constantinopla el año 1852 y murió tísico en 1872, a los veinte años. Su vida fue pues la de un niño; pero que, en su brevísimo paso por la tierra dejó una obra imperecedera.

Pobre, enfermo, arrastró una existencia de privaciones y de dolores. Su educación, muy deficiente, debido al medio en que actuó, no lo ayudó a imponerse, y hasta más bien fue una traba en su camino de perfeccionamiento y superación intelectual. Su padre era herrero y, Bedros Tourian, delicado y débil, creció entre seres antagónicos en todo a él, y que bien pudiera ser que tuvieran por humillantes las finas prescas de su espíritu. Y en esas condiciones, sino francamente hostiles, inconscientemente hostiles, su enfermedad, mal terrible y desconsolador, debió ser además de una verdad injusta, en el fondo, inferiorizante.

Pero, en ese medio — que él mismo llamó maldito — callado y haciendo callar su genio, escribió las magníficas poesías que poco antes de morir entregara a su hermano, diciéndole: « Guarda estas páginas que son lo que más vale de mi vida. Nadie sabe que soy poeta; pero nunca he sido otra cosa ». Y fueron esas páginas las que compusieron toda su obra extraordinaria y póstuma. Con ellas entró en la inmortalidad; en ellas narró su verdad emocionada; cantó en ellas a la vida maravillosa que se le escapaba; dejó expre-

sada su rebelión ante la crueldad de un destino nunca menos merecido; y con belleza, serenidad, hondura, madurez, fuerza y talento, dió su versión auténtica, romántica y lírica, de la tragedia que vivió y escribió a un tiempo.

Mi pena

Encontrar entre la sed de mis castos deseos, agotadas todas las fuentes, y comprender cómo se aja la flor de mi juventud: eso no es lo que más me apena.

Ya se inclina mi frente de triste palidez. Reposaré sobre la almohada de la tierra y no habré ardido jamás en un beso de llamas. Pero eso no es lo que más me apena.

Antes de poseer una flor viviente, embrujada de gracia, de sonrisas y de fuego, me siento condenado a desposar la muerte. Pero eso no es lo que más me apena.

Viví en la cabaña más sombría; me asfixié en un aire maldito; tuve por herencia la agonía de mi vida. Pero eso no es lo que más me apena.

Tengo una patria infeliz, que es rama desgajada del árbol de la humanidad. ¡Morir oscuro, y no socorrerla! ¡Oh, eso es lo que más me apena!

La constantinapolitana

Palidece el día en un ocaso de llamas. Su coche, lento, pasa como un coche de duelo...

¿Es hija de la tarde, quién palpita tendida entre cojines? ¡Oh, Señor! Si me mira, todo se apaga.

Está blanca como estatua de cera. Bajo el tul, se enciende ahora de rosa, su faz pálida. ¿Es Dios, quién hace que me sonría y que todo se transforme?

Su corazón voluptuoso se quema de amor. Es reina, es aroma, es claridad. Dejo de verla, ahora que me mira; mariposa que muere sobre la flor que ama. Con cada movimiento vuela.

Su garganta tiembla como el mar. ¿Me ama? Quiero un beso y amarla. ¡Amarla sólo un segundo! ¡Beber la copa ignea del amor. ¡Amarla hasta tocar la fría tierra! Y acaso ama... Ella, que está encendida como una rosa roja.

¡Abeja del corazón! exclamó Lamartine. Su corazón es flor; miel; amor; es cielo, es dicha inacabable; dicha suprema. Nada más oigo, si me habla.

Mi amada es fuego; es hacha de luz encendida en el templo. Es fulguración en el misterio. Ella sola aclara la noche. Es llama de amor vivísimo y eterno. Aunque muera, será llama eterna.

Ella

Si las rosas no fueran como su piel rosa ; ¿ quién las amaría ?

Si el azul del cielo no fuera el azul de sus ojos ; ¿quién lo miraría ?

Sin la gracia y la pureza de la virgen ; ¿ quién pensaría en Dios ?

¿ Quién se asombra ?

¿ Quién se asombra de que esté callado ?
¿ Qué tengo que decir ? ¿ Tiene acaso voz la aurora ?
Y si se enciende ... Ella es eterna, como mi corazón.

Se asombran de que esté melancólico.
¿ Cómo podría no estarlo ? Han caído una a una las estrellas de mi frente ... Y ninguna esperanza ilumina ya mi corazón.

¿ Quién se asombra de que no me entusiasme ?
Tienes la laxitud del estanque, me dicen, tu faz está pálida y tus miradas, muertas.
Es cierto ¡ Nadie llega hasta mí !

Sin duda piensan : « Es tu hora. Recógete en el piadoso seno de la tierra, tu nueva madre. »
¿ Qué me espera en la tumba ? ¿ Ardores, impulsos, ímpetus ? ... Quien sabe si el amor, rosas y estrellas ...

Lago

¿ Por qué, asombrado lago, has dejado de jugar ? ¿ Quieres guardar alguna imagen ? ¿ Se han fascinado tus olas de azul ? ¿ Te han hipnotizado las nubes fosforecentes, como espumas ?

Siento tu tristeza, hermana de la mía. Tal vez, como yo, tú también precisas callarte y soñar.

Tanta inquietud hay en tus olas como en mis sentimientos; ¿ no es dolor tu espuma? Tú también te estrellas contra el mundo, como yo.

Pero no tienes mi llama: el fuego de mi alma es eterno y el incendio en tu seno es fugaz.

Ningún astro muere en tus aguas, ninguna flor se marchita en tu espejo ni se mojan las nubes, mientras estás en paz con el aire.

Pero eres mi rey. Y aunque te encrespe la brisa, aun así, conservas el recuerdo profundo de mis ojos, y me eres fiel.

Tú no has dicho: « No es más que una lira », como dijeron otros. Tú no dices, que estoy tembloroso y pálido. Tú no anuncias mi muerte.

Sólo tú me comprendes. Sólo tú; ¡oh lago! me amas. Tú sabes que preciso amar, tú sabes que mi palidez es amor.

Nadie ha tratado de leer mi secreto; a nadie importa lo que guarda mi corazón callado... Pero a tus olas; ¡oh lago! he confiado mis recuerdos; y encerrada en tus aguas, ha quedado mi ansiedad...

Lamentos

¡Eh! ¡Adiós, Dios! Adiós para siempre sol, que iluminas mi alma! Iré a agregar una estrella en el cielo. ¿Qué son las estrellas? Maldiciones de los espíritus trágicos, inocentes, desamparados, que hacen arder el firmamento, dando armas y adornos de fuego, a Dios, fuente de rayos.

¡Ah! Pero, ¿qué digo? ¡Oh, Dios! Haz descender tus rayos sobre mí. ¡Destruye, oh Dios, mi pensamiento gigante! Soy un átomo. Rompe mi pensamiento que ha osado subir al cielo, robando audazmente su escala a las estrellas.

¡Salud, oh Dios! ¡Yo, ser vacilante, te adoro en el rayo, en las olas, en el verbo, y en las floraciones! Te adoro a tí, que quitaste a mi frente su lozanía y la llama a mis ojos; a tí, que arrancaste la inquietud a mis labios y a mi alma, las pasiones. Te adoro aunque hayas nublado mis miradas y hagas jadear mi corazón. Te obedezco y sonrío en el umbral de la muerte... Sé que me espera otra vida de ruegos, de perfume y de luz.

Pero si he de extinguirme para siempre con mi último aliento, aquí, en esta niebla silenciosa y muda, preferiré ser lívido rayo, hundirme en tu verbo, rugir sin tregua, ser imprecación, clavarme en tu cuerpo, y llamarte: «¡Dios vengativo!»...

Pero, tiemblo, estoy pálido, muy pálido; como un infierno arde mi corazón; soy un suspiro entre los cipreses negros, una hoja de otoño, pronta ya a caer.. ¡Vuelve a encender en mi las chispas de la vida! No puedo abrazar la tierra, ahora que he soñado. ¡Oh Dios!

No puede ser tan sombrío mi destino. ¿Cómo podrirme ahora entre el barro de una tumba?... Mi alma quiere luz; quiero amar todavía, y vivir. ¡Quiero vivir!

Que toquen mi alma las celestes estrellas, que iluminen mi alma condenada de amante... Pero el cielo ya no me sonríe; ya la primavera no alegra mi frente. La noche me amortaja con sus cirios sombríos; y llora por mí la luna, sondeando los abismos; ¿es porque nadie me llora? Dios la ha creado para eso, para que consuele al que muera pidiendo vida; para que llore al que nadie llora.

En vano las estrellas me presagiaron amor, en vano el ruiseñor me aconsejó que amara, en vano las brisas despertaron mi corazón, y un álito claro me dió juventud y frescura. En vano los bosques callaron alrededor mío, y las hojas discretas dejaron de respirar, para no turbar mi sublime sueño. Todo estaba pronto para que soñara con ella. Pero, ¿para qué? ¿Por qué se empeñaron las primaverales flores en dar gracia al altar de mis pensamientos? Todo me engañó: y el mundo va siendo para mí una burla de Dios.

Eliseo Tourian

Elíseo Tourian, hermano menor de Bedros, nacido ocho años más tarde, fue patriarca armenio en Jerusalén. Por el contrario de su hermano, cuya vida fue tan breve y triste, la suya fue una vida venturosa.

Vida larga, tranquila, que regularizó y atemperó, en parte, su carrera eclesiástica, haciéndole alcanzar altas cumbres de consideración, de respeto, de conocimiento y de celebridad.

Verdad es que él también, tenía una inteligencia clara, seria y brillante. Pero sus lauros fueron fáciles, como su fácil vida. Como su hermano fue un auténtico poeta. Poseyó todos los secretos del idioma armenio y manejó la poesía en forma vibrante, y tan vibrante, que pareció a los armenios, « mágica ».

Dejó una poesía musical, romántica, triste, finísima, inspirada y armoniosa. Su mejor obra es « La flauta pastoral » que publicó a principios del Siglo XX, obra en la cual buscó el perfecto equilibrio de su condición de Monseñor, y de su don de poeta. Fue y es una de las glorias armenias. Y destacó con tanto talento, como en poesía, en otros aspectos literarios, habiendo dejado obras filosóficas y teológicas, y siendo además de poeta, escritor y filólogo de calidad.

No me toques

Noli me tangere . . . (San Juan, Capítulo XX, 17)

I

Las lágrimas que humedecen tus ojos conservan todavía los errores del pasado. Tú no puedes ser una flor en mi paraíso. No me toques.

Suspiras, y tu suspiro resuena como un eco de conocidos abismos. El amor y la muerte son quimeras en tu corazón de mujer. Tú no puedes ser un himno para mis glorias. No me toques.

En tus manos no se ha evaporado totalmente el perfume de la mirra. Caminas como una gacela, ligera y graciosa, haciendo volar tu traje de muselina. No me toques.

En tus labios de miel hay una obstinada dulzura de la tierra, dulzura voluptuosa y adormecida. No me toques.

Te siento como si el rocío de la noche, humedeciera aun tus cabellos sueltos ; como si estuvieras todavía entre los romeros florecidos, embriagada por las mandrágoras. No me toques.

Te veo como si aun despertaras entre las viñas, como si quisieras que tomara tus senos con los racimos. Has de amar aun el vino, y la leche espumosa. No me toques.

Tu sombra errante se perfila entre los majestuosos lises, bajo calados de sol ; y una mancha negra oscurece la gracia de tu frente. No me toques.

Collares de zafiros, prendidos a tu cuello, caen sobre tu pecho turbador, ¡*oh sulamita*! Todavía los pecados centellean en tu cuerpo. No me toques.

Ni me tocarás, cuando tu alma se derrita como plomo y tu cuerpo putrefacto se haya cubierto de herrumbre. El amor y la juventud habrán huido de tí. Pero no me tocarás.

II

Mezcla tus llantos al rocio de la mañana; abraza la tierra que mi sangre ha vuelto roja, perfuma como las rosas, si quieres acercarte a mí.

Confunde tu aliento con la brisa suave; vuélvete dulce como un ruego. Sólo así podré oirte, yo, que he suspirado tanto. Hazte plegaria o grito de dolor, si quieres acercarte a mí

Purifica tus manos para que, como la luz, puedan ellas desflorar el cielo que yo he pintado; transfórmate en bandada de alas blancas, si quieres acercarte a mí.

Haz que tus arqueados labios expresen deseos angélicos. Adora la forma sagrada a la que pueda dar yo un soplo de vida. Sé un beso o una sonrisa de sacrificio, si quieres acercarte a mí.

Que el aceite sagrado que unge mi cabeza, santifique tu cabellera negra y pesada. Entrégate resueltamente a la casa de Dios, si quieres acercarte a mí.

Baja al lagar — donde yo he exprimido el vino del sacrificio — llevando alba túnica conventual. Sé una gota pura en el fondo claro de mi cáliz, si quieres acercarte a mí.

Como reliquia de incienso, lleva sobre el pecho la llama de mi amor, de ese amor que tanto he atizado. Haz que ardientes fuegos consuman tu cuerpo, si quieres acercarte a mí.

Abre tu corazón, en la desvelada noche, a la tempestad furiosa que tuve que levantar, y que nazca en tí la perla azulada, sí quieres acercarte a mí.

Y sí tu alma de oro, brilla con tu cuerpo esmaltado de plata, serás el supremo adorno de mí altar y podrás acercarte a mí.

Síbyla

Síbyla es un pseudónimo. Quien así firmaba era Zabet Hrant-Asadour, conocida poetisa y escritora. Nació en Constantinopla en el año 1863. En prosa dejó una obra interesante, una novela, « El corazón de una niña ». Pero su más alta calidad es la que alcanzó con la poesía, donde quedó catalogada entre los primeros poetas de su tiempo. Sus versos son delicados, tienen un intenso y bellísimo colorido de sentimientos, musicalidad, femeneidad, y gracia. « Reflejos » es su obra de más volumen; obra sutil, inspirada, y de sueños ardientes.

No me digas

No me digas que es farsa la bondad, ni que la sonrisa es una amable burla, ni que en el mundo no existen nobleza y hermosura. Quiero creer que la poesía, las flores y el amor, no son quimeras.

No me digas que el perfume de la primavera es un veneno, ni que las aguas de la fuente clara contienen gérmenes mórbidos, ni que la emoción y el entusiasmo no florecen en el corazón, y que son chispas de un espíritu imperturbable.

¡ Ah ! no me digas que las miradas ardientes y fascinadoras son simples piedras : ágatas, ópalos o rubíes, ni que brillan encendidas por mentiras, y que saben entristecerse y llorar.

No me digas que las voces nos ilusionan con sus tonos sinceros y encantadores. ¡ No despiertes mi corazón de sus dulces inquietudes ! Prefiero seguir soñando orgullosamente.

No me digas que no hay seres abnegados, ni que el mundo es un tejido de intrigas. No quiero pensar que el aire hará volar las promesas y los juramentos, como hojas secas.

Por favor, no me digas que sólo hay tinieblas al final de la vida, ni que la esperanza en la inmortalidad es fiebre de ilusos. No quiero sospechar que también el alma va a ser ceniza... Te lo pido... ¡ Déjame seguir creyendo en mis quimeras !

Al mar

Hundida en el silencio de la noche sombría, sueño recostada a mi ventana. El mar infinito se despliega lejano, y apenas oigo el lamento de las olas.

Siento sin embargo el agua, que rueda callando, que rueda hacia el infinito, de orillas sin límites. Siento sus ondulaciones secretas y profundas y la turbación que agita su seno.

Y extrañamente siento que el mar se parece al fondo desesperado de mi alma. Y lo miro y murmuro: ¡ Oh mar, qué feliz eres de seguir libremente al viento que te lleva!

Avétis Aháronian

Habían emigrado de Persia los Aháronian, cuando Avétis el poeta, nació en Iktis, del lado del Cáucaso, el año 1866. Vivió más tarde en la célebre ciudad armenia de Echmiatzín, donde cursó sus primeros estudios, y luego en Suiza y en París, donde se perfeccionó.

Desde Europa envió a su patria un trabajo literario que la crítica recibió con palabras cálidas: « Una gota de leche ». Y a esta obra siguieron otras, que afirmaron su prestigio en las letras. Está entre los grandes poetas y escritores armenios que guarda una afinidad perfecta con su raza, poseyendo un finísimo espíritu psicológico y un estilo fluido y rico.

De temperamento romántico, ha dado a sus obras — de exaltado acento — un matiz contrastante y emotivo, teniendo sobre todo una gran maestría para describir, y cobrando entonces su pluma relieves de una verdad y una belleza inigualadas.

En sus novelas es corriente encontrar magníficos pequeños cuadros de pesares, de inquietudes y de trabajos, en los que la vida de los campesinos o las noches del hogar, sorprenden y encantan con las tonalidades que ha sabido darles este artista.

No llores

(Canción de cuna de la madre armenia)

Duerme, hijo mío, mientras yo te canto. No llores. ¡Yo he llorado tanto!

Las ciegas cigüeñas, que nuestras montañas deslumbraron, han cruzado nuestros cielos ensombrecidos por penas y duelos. Pero tú no llores. ¡Yo he llorado tanto!

Ha gemido el viento en las negras selvas; hijo mío, es el llanto de un huérfano muerto. ¡Son tantos los muertos sin madre y sin tumba! Pero tú no llores. ¡Yo he llorado tanto!

Doblada por los sollozos pasó la caravana y arrodillada está en nuestras selvas negras, ella, que era adorno y dolor de estas comarcas. Pero tú no llores. ¡Yo he llorado tanto!

Con amuletos resguardé tu cuna contra los males de ojo de nuestro cruel enemigo. Duerme, hijo mío. ¡Vamos! duerme para ser pronto grande. No llores tú. ¡Yo he llorado tanto!

Mi leche se enfría en tus descoloridos labios; no la quieres; ya sé; ha perdido su dulzor. Por ella corre el veneno de mis venas. Pero no llores. ¡Yo he llorado tanto!

Deja que te amamante con mi negro pesar, ¡ qué dé a tu alma sed de venganza ! Crece hijo mío. Y no llores. Sólo por tí vivo, y yo he llorado tanto...

Hovannés Thoumanian

Hovannés Thoumanian hizo su aparición en las letras a los doce años, con un libro para niños, fábula, o casi fábula, llamado « El perro y el gato ». Pero fue como poeta lírico que alcanzó fama. Nació en el año 1869, en un pueblo del Cáucaso que dejó en él su influencia, ese notable color oriental, evidente en toda su poesía. Sus obras maestras, « Anusch », « Parvana », « La toma de Temkaberd », « Akhtamar » y « Sasountzi David », lo hicieron famoso. Dos de estas obras : « Anusch » y « La toma de Temkaberd », se convirtieron más tarde en óperas.

« Anusch » es un poema encantador y primaveral, como todos los suyos, inspirado, y de un lirismo espontáneo y puro. Thoumanian ha apoyado su poesía en las leyendas, ha reconstruído la historia haciéndola vibrante, y ha exaltado los héroes antiguos.

Más tarde publicó en Tiflis un volumen de versos patrióticos con relatos auténticos de las guerras armenias, llamado « Por la patria », en los que su musa, lírica siempre, toma un estilo popular.

El convento de la paloma

(De una leyenda armenia)

Llega llenando de fuego la tierra, Tamerlan, el odioso guerrero pagano.

Como un dragón poderoso se arroja sobre los armenios, y los hace sus presas.

Después, victorioso y festivo, acampa sobre las dulces y frescas riberas del lago Sévan, en la inmensidad soñadora, cerca del viejo, gran convento, donde se adora tan ardientemente a Dios.

Es ya el triunfador.

Pero, en el convento vela un ángel. Vela por la vida de los armenios, vela por su pueblo. El buen padre Juan, el anciano padre, el padre venerado, ora de rodillas.

Ruega a Dios por la salvación de su alma, por Armenia y, por la humanidad.

La impiedad del guerrero pagano lo ha sacudido en su apacible retiro. Se ha turbado su alma; y con la barba blanca y el cayado en la mano, el santo sale del convento, irritado, sin terminar sus oraciones. Lo han enojado los hombres, y musitando se va, cándido y puro.

Camina descalzo; va con la cabeza en el cielo, sin mirar ya la tierra, hacia el lago Sévan, de aguas azules.

Y sigue su camino, todavía entre las ondulosas y movedizas olas.

Tamerlan, desde la orilla lo observa, y presencia el

milagro. Lo mira anonadado. El viejo monje lo ha vencido. Y el poderoso príncipe tártaro, suplica:

« ¡ Quédate santo hombre! ¡ Vuelve, oh tú, hijo de Dios! »

Siempre sereno con el cayado en la mano, vuelve el padre Juan, de larga barba blanca. Vuelve caminando sobre las aguas.

Presuroso y lleno de unción, se inclina el guerrero tártaro y le dice: « ¿ Qué quieres que dé, venerable anciano? ¡ Di! ¿ Quieres poder, tesoros, vida fastuosa? »

« No preciso ni gloria ni tesoros. Te pido que me des la vida de mi pueblo y su libertad; te pido su pobre existencia, que lo dejes vivir en el vasto mundo y bajo el sol. » Sólo eso pidió el santo al bandido.

« ¿ Me pides tu pueblo?... Sea, te lo doy. Te doy tantos hombres como puedas hacer entrar en tu convento. Tómalos, y ve a rogar por mi, ¡ oh, anciano! »

Y Tamerlan ordenó que el pueblo cautivo siguiera al santo y entrara en el convento, y dijo a los guerreros que dejaran pasar al pueblo indefenso.

Y he aquí que entran. Por la pequeña puerta, entran. Y ya han pasado cien; ya han entrado mil... y siguen entrando. El pequeño convento no se llena... Todavía entran... El tirano se asombra. « ¡ Dejad pasar! » grita a los esbirros. Y el pueblo sigue precipitándose. Los cautivos entran a torrentes. Siguen llegando, siguen precipitándose. El torrente humano no se detiene, ni tiene fin.

Por tercera vez ordena a sus guerreros que dejen pasar a los cautivos. Y los cautivos pasan en filas apretadas. Pasan todos. Ha entrado ya hasta el último. Sin embargo el convento está todavía vacío.

Aterrado, mira Tamerlan a su alrededor: « ¿ Estoy despierto?... ¿ Sueño?... ¡ Qué me expliquen en se-

guída el maravilloso milagro !

Sus hombres entran para saber.

Y ven al padre Juan, solo, rezando de rodillas, con los ojos vueltos al cielo y la barba húmeda de lágrimas...

Cada armenio, al acercarse a él, por sus santas oraciones y por la gracia de Dios, quedaba transformado en paloma. Y uno a uno fueron así volando por la ventana abierta, volando todos hacia las montañas.

Y en el convento solitario, él, solo, de rodillas, seguía rezando...

Las montañas armenias

Por nuestro camino obscuro, por nuestro camino sin luz, nocturno, de tinieblas sin fin, desde hace largos siglos, subimos cada vez más arriba, siempre a través de las montañas armenias, a través de las ásperas montañas.

En nuestra ascención llevamos nuestros seculares, preciosos tesoros, nuestras riquezas nacionales, la que nuestra alma creó durante siglos penosamente, trabajosamente, en las montañas armenias, en las altas montañas.

Pero, siempre, cada tanto tiempo las bestias negras del rojo desierto, las salvajes bestias, atacan nuestra caravana de paz, en las montañas armenias, en las sangrientas montañas.

Y nuestra caravana dispersada, desordenada, trágicamente diezmada, asesinada, sigue asimismo arrastrándose, arrastrando sus heridas abiertas, en las montañas armenias, en las enlutadas montañas...

Y con los ojos desesperadamente fijos en las lejanas estrellas, fijos en los más dilatados horizontes del cielo, esperan aun la clara aurora, en las montañas armenias, en las verdosas, aterciopeladas montañas.

Chanth

En el año 1869, nació en Constantinopla, León Seghposían, poeta que firmó su obra con el seudónimo de Chanth. Hizo sus primeros estudios en Echmiatzín, y se perfeccionó en Europa. Fue grande poeta y grande dramaturgo, y escribió también novelas: « Virginia », « Días de ensueño » y « Los provincianos », entre otras. Pero fue el teatro el que le dió triunfos más definitivos y consagratorios. « El césar », « Oschín Païl » y « La princesa de la fortaleza tomada », además de « Dioses antiguos, » — su mejor obra — de un fuerte color local, lo colocaron en la cumbre de los dramaturgos armenios. Escribió pues, y sigue escribiendo, muy principalmente para el teatro.

En cuanto a su obra poética, llena de gracia fina, puede ser apreciada por las muestras que presenta este volumen. « La hija de la montaña » es un poema pastoral y es uno de sus mejores poemas. « Cantos », es otra de sus obras más difundidas y, donde el poeta que es, se muestra en todo su valor.

El guardián de la noche

Es de noche ... ¡Dang! ¡Dang!... Se oye el reloj gigantesco. Todo es paz y sueño. El sólo hace la guardia, a pasos lentos, silencioso, atravesando calles.

El viento frío golpea su frente. Y de pronto pasan por ella viejos pensamientos, como estrellas perdidas que, brillan a momentos, escondidas siempre entre los velos del cielo.

En un espontáneo impulso, su espíritu vuela lejos. Pasa por el hogar paterno, por las montañas salvajes y majestuosas, por una vida que era otra; por corazones distintos.

Y se acuerda. Era una noche sombría. Hermanos y hermanas rodeaban a la abuela venerada, recogidos, atentos, escuchando viejas leyendas.

Hablaba la inspirada abuela a los atentos niños, de la fuerza de Mher. Sobre el techo de paja de la pequeña casa, desesperado, gritó de pronto el viento. Gimió salvajemente, con palabras rudas, desconocidas, con palabras brotadas del fondo de los infiernos. Piadosa, la abuela hizo la señal de la cruz.

Los niños callando se miraron, pensando cada cual en sí y soñando con ser nuevos Hércules, pero para cuando tuvieran ellos también, la edad de Hércules.

¡Dang! ¡Dang! ... Es él.... ¡Es el reloj gigantesco! Todo reposa a su alrededor. Todo es paz y sueño. Solo, a pasos lentos, silencioso atraviesa calles, haciendo la guardia.

La estrella errante

La ví ayer, apenas, furtivamente, la ví una sola vez y como una estrella errante se desvaneció.

Apenas entreví la ardiente mirada de sus ojos negros y lánguidos, y una sonrisa que en sus labios parecía dibujarse para mí.

Como en un imaginario adiós, toqué apenas sus dedos y se fue. Pero la estrella errante desapareció llevándose mi corazón.

Agop Agopian

Nació Agop Agopian en la Armenia caucásica, hacia la segunda mitad del Siglo XIX. Fue un poeta popular, un poeta social, que cantó los temas y dolores del pueblo. Su poesía y su prosa presentan siempre el dolor de los humildes, dando cuadros de trabajo y de miseria.

El canto del trabajo

Conozco un canto sin igual. Es un canto fuerte, como un golpe de fragua, altivo y fulgurante como el rayo. Conozco un canto sin igual.

Nació en las venas del hierro, en las tenebrosas minas. Es vibrante, de golpes coléricos y relampagueantes como martillazos.

Brazos vigorosos le dieron vida; ensordecedores ruídos hicieron brotar su inspiración. Y, tiene tanto encanto mi canto, que las angustias, en la hora de las angustias, desaparecen. Si lo cantaras, disiparía tus tristezas y tus penas.

Puede salvar las almas... mi canto, que no tiene igual. Es poderoso como un golpe de fragua, altivo y fulgurante como el rayo. Yo sé el mejor canto de los cantos.

Alejandro Tzatournian

En un pueblo del Cáucaso, Zakatala, nació el año 1865, Alejandro Tzatournian. De origen humilde, tuvo que ser él mismo su maestro, abrirse él mismo su camino, y hacerse solo su nombre.

Así se hizo poeta también; escribiendo versos sencillos, espontáneos y naturales. Fue el traductor de Schiller, de Tourgeneff y de algunos otros escritores y poetas extranjeros que sus compatriotas conocieron por él. No reunió nunca su poesía, tal vez porque nunca le fue fácil hacerlo. Murió en el correr del año 1917, en la mayor miseria, en la ciudad de Tiflis.

No llores ruiseñor...

No llores ruiseñor, no te martirices; es cierto que es brutal la tormenta, ya lo sé. Arrancó la rama de tu hermosa rosa, de tu rosa roja, y la llevó....

Pero los días pasan; y de nuevo renacerá la primavera coronada de rosas; y tú olvidarás tu viejo pesar y cantarás, enamorado de la rosa.

Pero desdichado el poeta que, prematuramente viudo, entregó a la tierra helada, a su amada, rosa viva.

Para el poeta no habrán más primaveras; no amará ya ninguna rosa; para él serán los tormentos sin fin. ¡Para él será el eterno silencio!...

Dérénik Démirgian

Entre los simbolistas armenios, Dérénik Démirgian es un poeta de singular prestigio. Es el poeta que ha escrito menos, y uno de los más admirados. Podría decirse que es un soñador más que un poeta, ya que sus sueños no pasan al papel sino muy raras veces. Y cuando escribe lo hace en forma breve, tal como ha de poder apreciarse en la muestra que damos.

Mi cuarto

Duerme mi cuarto solitario como una tumba. Sólo estamos despiertos mi reloj y yo.

Mi reloj, martillo que golpea insistente y construye a su modo, mi frío mausoleo.

¡Qué hacer! Ha empezado a levantarlo ya dulcemente y encierra entre mármoles mi vida, mi vida triste, mi tierna vida...

Anaïs

Anaïs es el pseudónimo que adoptara e hiciera célebre la señorita Avedissian.

Era talentosa, y triunfó como poetisa y como escritora. Sus « Cuentos de Navidad » fueron recibidos con simpatía y admiración; pero su carrera literaria culminó con la aparición de su libro de versos titulado « Las horas lilas ». Es tal vez la personalidad femenina más notable de Armenia. Su poesía denota la posesión de un espíritu muy femenino y muy oriental; sus páginas son vivas y tienen un sutil encanto.

Nació en Constantinopla en el año 1870.

Los amantes

Es el mismo camino, están los mismos árboles; y las hojas secas que crujen bajo los pies del paseante indolente; y en el aire vagos perfumes.

Es el mismo mar azulado inmenso, la misma montaña de cumbre rocosa; están las mismas selvas intrincadas, inmóviles en la colina, donde alegre pasa la dulce brisa.

Es el mismo cielo, de algodonadas nubes, dibujando finos, transparentes encajes que desaparecen ahora también, en occidente, con los últimos reflejos del ocaso.

Aun sonríe el mismo islote, desde lejos, como una bella, juvenil y graciosa; se oye el mismo canto marinero lento y melancólico; se ven las mismas claridades de la luna acariciadora.

Está el mismo faro guiñando en el mar; la misma sombra alargándose en el camino; la misma querida aldea. Y su casa de mármol, como siempre. Todo está igual. Pero ellos son ahora dos fantasmas...

Karékin Bechgueuturian

Murió este poeta a los veinticuatro años, dejando su obra tronchada así en los comienzos. No tuvo tiempo ni de recoger sus versos que quedaron esparcidos en revistas y diarios, peligrosamente expuestos a desaparecer. El poema que damos en esta antología es el más famoso de los suyos. En él muestra su alma sentimental y dolorosa, y muestra su vida desolada. Como en todos sus versos, aparece en él el desgarramiento íntimo, y como dice Tchobanian, se oye aquí también que « se lamenta el alma en duelo del malogrado poeta ».

La flauta

¡Oh, flauta, ven! tú que eres mi mejor amigo. Pon tus labios temblorosos y finos sobre mis labios pálidos. Cantemos y lloremos. Lloremos y cantemos tristemente.

¡Llora!.. tú que eres el elegido de mi corazón.

Eras una tierna rama verdecida, cuando una desconocida mano criminal te arrancó y, separó al hijo de la madre. Dejaste entonces que tu seno quebrado fuera atravesado por agujeros, ¡heridas de hierro! Y te dijiste: «¡Qué las lágrimas y la sangre corran por estas heridas, para aliviar penas!.. »

Como tú, yo era también un ser inocente, cuando un mal desconocido me torturó — hace ya mucho tiempo — dejándome huérfano y arrancándome a las ternuras de mi madre. Y amarguras atroces han desolado desde entonces mi pecho.

Sé que gozas apoyándote callada en el muro, y que si te dejan en paz, ni cantas ni suspiras. Como tú deseo callarme, lejos de los ruidos del mundo aturdidor; pues también, todo en mí se vuelve ansia de buscar, sentir, admirar y meditar...

Que en la iglesia o en el baile, suenen órganos, pianos y violines; que a la ronda reemplace una amable oración; que se alegren los cuerpos y se alegren las almas. ¡Qué estallen las exultaciones del mundo, oh mi flauta, y que el destino sonría a la esperanza!..

Ven. Nuestro destino es otro. Cantemos y lloremos, tú y yo.

Archag Tchobanian

Archag Tchobanian nació en 1872 en la ciudad de Constantinopla, estudió en Galata, y vive actualmente en París. Es poeta, escritor, crítico y periodista, habiendo destacado en todos los géneros que adoptó. Su obra patriótica es importantísima, pues se ocupó, inteligente y tesoneramente, de difundir la poesía armenia en el extranjero. Es un erudito; posee un espíritu penetrante y, como poeta, una gran sensibilidad. Su obra es vasta, seria, y de muchos y diversos alcances. Publicó obras tales como « Las matanzas de Armenia », con un prólogo de Clemenceau; « Armenia, su historia, su literatura y su misión en Oriente », con un prólogo de Anatole France; « Zeytun », con un prólogo de Bérard; « Poemas armenios antiguos y modernos », antecedidos por un estudio de Mourey; « Cantos populares armenios », presentados por Paul Adam; « Trovadores armenios », « Voces de aurora », « Estremecimientos », una biografía de Bedros Tourian, y « El rosal de Armenia », en tres grandes tomos. La mayoría de estas obras han contribuído a darle fama en el extranjero; una fama que, por él, alcanza a muchos otros poetas de su tierra. De ahí que el pueblo armenio haya contraído con Tchobanian una enorme deuda de gratitud.

¡ No !

En sueño escuché una voz tentadora: Puedo llevarte a un mundo hechiceresco sin espinas ni dolores, florecido de gracias, y donde los goces han creado una permanente fiesta. Puedo llevarte a un mundo sin ocasos al que jamás ha llegado la noche de la muerte.

No me lleves, le dije. Amo la vida inquieta y mi dolor. No podría vivir sin sentir las fiebres de la esperanza. Quiero seguir agitando mis alas y alentando mis sueños. Déjame desesperarme y esperar. Déjame la cruz y las ilusiones. Quiero vivir entre la voluptuosidad de la fe y del ensueño, embriagado de deseos y de infinito.

¡Oh corazón del hombre!

¡Oh corazón humano, átomo que resume el infinito! ¡Oh misterio impenetrable! ¡Oh indecible maravilla! ¡Sol más noble que el inmenso sol que abraza los cielos! ¡Claridad más sagrada que la llama mística de las estrellas!... En tu seno, ¡oh frágil vaso! tiembla un océano más profundo y audaz, que, el que lanza contra el cielo sus rugientes olas. ¡Oh tú, que vas hacia las alturas, hacia el terrible desconocido, con ímpetus más poderosos y más valientes, que los de las montañas, cuando invaden el espacio!

En tu latido más fugaz palpita todo el universo con los temblores del dolor y del amor, de la vida y de la muerte. Dentro de ti has creado estremecimientos que el mundo ignora, y que son asimismo más impetuosos que las grandes, febricitantes tormentas.

Faro de la humanidad, débil y tembloroso faro, tú arrojas sobre la espesa noche de las cosas, la única pequeña claridad que existe y tratas de dar un sentido al universo. Fuera de tí, la marcha se hace inconciente, servil, dócil y mecanizada.

¡Oh corazón humano, gloria a tí! ¡Oh mártir del dolor, sacrificado redentor, tú, buscador eterno del rudo, sombrío, insondable enigma! ¡Eres el más desgraciado y el más grande de los hijos de la Naturaleza!...

Vahan Malézian

Vahan Malézian nació en tierra rumana, estudió en Constantinopla y vivió en el Cairo; pero fue armenio. Estudió derecho, intervino en política, se hizo aplaudir como periodista y como orador ; pero fue poeta. Y, éstas dos definiciones son las que acusan la personalidad de su obra.

Fue un poeta finísimo, se expresó con gran delicadeza, con sensibilidad, con melancolía, en un tono aristocrático. Repetidas veces se le ha comparado a Verlaine, y es uno de los poetas simbolistas más distinguidos de Armenia.

Nació en el año 1873. Escribió « Los cirios », « El cuaderno de un proscripto », « Susurros » y « El maldito », obras todas de un gran valor

Noche

Esta noche, la noche llora una canción.

Hermana, una canción nos llora esta noche, la noche.

Como ala maldita vuela sobre nosotros, hermana, esta noche.

No sé por qué lloro; no sé por qué tiemblo. Aprétame la mano, esta noche ¡ hermana !

Cántame una de las canciones de antes, para que no oiga las quejas que me llaman de lejos, como una campana de muerte.

Vélame esta noche, ¡ hermana ! ¡ Quédate conmigo ! ¡ No me dejes !

Marchitez

Tu alma, tu alma blanca, duerme blanca y sueña entre terciopelos, como una visión exquisita, paisaje de cisnes, blanca mortaja de mi amor ya muerto.

Tus ojos azules lloran sobre mis manos, como lluvia de flores sobre mi corazón. Mira cómo se aja junto a tí, y tiembla y, como muere el recuerdo...

¡Desgraciados los que han amado, aun brevemente, aun un día! ¿Algún amor podría no llegar a ser nunca desdicha?

Agoniza la noche de tristes ensueños que en mi alma redoblan con sollozos de bronce. Es como si una virgen hubiera muerto por mí.

No enciendas...

El silencio va obscureciéndose en la alcoba. Tus palabras y mis palabras, entrecortadas, como voces de muertos están húmedas de lloros. Detengámonos en el amor, como la sombra en la noche.

No enciendas. Deja la lámpara. Llora en la obscuridad. ¡Qué la noche nos dé su alma triste! Pensemos en la penumbra. Apaguemos. Dejemos las ventanas cerradas. Quedémonos en silencio, tú y yo.

Hay ahora noche en el alma y en los ojos; y todo es ya noche hasta más allá de la tumba.

Mis sueños buscan las tinieblas, como mi amor la cárcel de tu corazón... No enciendas. Deja la noche intacta... ¡La noche es mi corazón!

Avétik Isahakian

En Alexandropol, ciudad de la Armenia rusa, nació en 1875, Avétik Isahakian, poeta que es gloria de las letras armenias.

Kurken Vahakn Aháronian, dice: « Ha querido hacer resurgir nuestra poesía de los « Achoughs » y en ese sentido ha querido cantar el sentimiento popular armenio con todas sus contusiones revolucionarias, con ansias de libertad e independencia, donde se mezcla a la alegría desbordante de las conquistas parciales, el duelo de los héroes que caen a millares ». Su norte y sus raíces tiene que dar así, irremediablemente, una poesía grave, fuerte y revolucionaria. Pero en su poesía hay otro matiz, convergente sin duda, un matiz desencantado, que pone en evidencia su pesimismo y su tristeza. Por eso tal vez, y por la sensibilidad que a cada paso se descubre, como lo que hiciera notar Archag Tchobanían cuando, por su profunda melancolía, lo compara a Tourian, puede verse que, como dice: « Ha entrado en el santuario de las Musas, llevando en la frente una corona demasiado cargada de espinas ».

¿Cuál de las dos razones, además de su genio, lo ha hecho el amado del pueblo armenio? Sus poemas se cantan, igual que los cantos populares. Y son cantos desolados, cantos indignados, inhumanos a veces, a fuerza de ser humanos, bellísimos, dulcísimos en ocasiones,

presentados siempre en el verso como en una vaina estética. Pasa en ellos de los tonos más suaves a los más sombríos y entonces, dice así: « Bésame, ¡he llorado tanto! » ; o bien: « Aborrezco a los hombres, enemigos de los hombres», o « No temo al mal», o « Quiero que me hiera el rayo », o « ¡ Ama a los tigres! »

En sus poesías íntimas, como en « Cantos y heridas », se siente la influencia de Nietzsche. Canta al superhombre. Quiere su rebeldía, y la busca y la impone. Tal es como escribe ya en la desesperada y magistral obra « Abú - Lala - Mahari ». Allí impera un anarquismo « con ansías a las lejanías inabordables del sol ». Y esa, que es su obra maestra y, está llena de odio y de fuerza, es una obra en la que la fuerza y el odio lindan casi con la locura. En ella puso todo su talento, su arte, y además su concepto desengañado del mundo, cuya estrechez, perversidad, e incomprensión, lo sublevaban.

En su obra póstuma: « Fuente patria », es de admirarse el hermoso colorido, la gracia, la luz, y la vida embriagadora. En sus poesías cortas, presenta una filosofía ya pesimista, ya burlesca, ya de una alegría jocunda.

Agregada a su gran obra, ha dejado Isahakian, prosa, novelas y fábulas.

Los patos salvajes

Volaron aterrados los patos salvajes. ¿Quién se lanza como tromba en la tenebrosa noche?

¡Soy yo! He montado mi corcel, y me lanzo como la tempestad sobre los campos dormidos.

Me lanzo hacia el cielo y hacia las estrellas, nunca alcanzadas y, abro mi corazón a lo infinito. Quiero que me envuelvan las orgullosas nubes. Quiero que me hiera el rayo.

O quiero vivir lejos de los hombres serviles e inútiles, canallas, felones, falsos y traidores.

Quiero vivir lejos del mundo abyecto y bajo, esclavo de la materia, ávido de mentiras.

Deja el mundo sin dolor, que no merece tus lágrimas. Abandona la mujer y el amigo, indignos de tus ternuras. Vete al desierto. Ama a los tigres. Y quémate, amando al maravilloso sol.

Mi corazón herido

Cantó dulcemente, tristemente, mi corazón herido. Y de mis penas brotaron opalinas lágrimas, desbordantes y claras, como gotas de fuentes.

Como hojas, fueron cayendo mis cantos que el viento llevó lejos. Mis lágrimas cayeron como rocío sobre los cálices de las rosas, llenándolos de perlas.

Pasó el tiempo y vino la muerte. Me dormí sobre la tierra fría. La sombra de las rosas que refrescaran mis llantos se extendió sobre mi tumba. Los vientos me visitaron con sus tristes cantos. Y cantaron los viejos cantos, tan dulces. Cantaron lo que antes cantara mi corazón herido.

Mí dulce hermana

Mí dulce hermana: ¿ves? ¿Ves mí corazón herído? Abrázame; bésame; he sufrído mucho. Seca mís lágrímas con tus manos suaves. No me dejes sufrír. He llorado mucho. Dísípa las brumas que se amontonan en mí frente. ¡Bésame! ¡Ya no puedo llorar más!

(Del libro Abú-Lalá Mahari)

Primer sura

La caravana de Abú - Lalá caminaba tranquila, con suaves murmullos de fuente, en la noche adormecida, haciendo sonar dulcemente sus claros cascabeles de plata.

Cortaba monótona las arenas, con paso igual, por caminos confusos y revueltos; y las campanillas llenaban de una armonía viva, los campos sosegados y desiertos.

Bagdad ignoraba. Bagdad dormía soñando con encendidas visiones. La ciudad de los goces creaba, en la noche, un paraíso de sueños. Y los ruiseñores lloraban entre las rosas, sus cantos de lágrimas.

Las fuentes de los Califas reían. Era todo perfume y amor, junto a las fuentes, en el luminoso palacio. El agua corría clara, alegre, diamantina, como risas jóvenes.

Por el camino del cielo vagaban lentas caravanas de estrellas resplandecientes, que derramaban armonía sobre el mundo olvidado, o dormido...

El viento cargado de claveles se aquietaba en la noche, sumiso, como en los cuentos. Y las palmeras y los cipreses, junto al camino, cambiaban dulces, encantadas palabras de amor.

La caravana, cadenciosa y rítmica, marchaba sin mirar atrás, alucinada, esperanzada con lo desconocido, por el camino nuevo, soñando con sitios no hollados, atraída por la soledad.

« Marcha, caravana, no te detengas, marcha hasta

el fin de mis días ». Así hablaba Abú Maharí, el gran poeta.

« Marcha sin cesar. Aléjame. Ve a los sitios solitarios. Llévame hacia la desolación y hacia la libertad, donde nos espera la santa y virgen lejanía color esmeralda.

« No busques el reposo. Sube hasta el sol. Haz que se queme mi corazón en el corazón del sol.

« No preciso despedirme de la tumba de mi padre ni de mi cuna. No miro hacia atrás.

No doy adioses a nada. Mi alma está enojada con el hogar de mi padre. ¡ Rechazo los recuerdos de mi infancia !

« Amé mucho. Amé todo. Amé demasiado. Amé a los hombres, de cerca y de lejos. ¡ Amé !

« Mi amor es hoy una víbora envenenada. Odio. En mi corazón sólo hay veneno. ¡ Odio todo !

« Odio lo que antes amaba. Odio el alma de los hombres, que tanto amé. Aborrezco a la humanidad; su alma hórrida me repugna.

« Pero por encima de todo, odio mil veces la falsedad del alma, ¡ ese escudo de bondad, esa máscara de piedad, esa aureola de inocencia !

« Y odio la lengua del hombre, su lengua rosa, su lengua maldita y engañadora, raíz del infierno. ¿ Acaso has dicho alguna palabra verdadera ?

« Marcha caravana, llévame al desierto, a los ardientes bordes desolados, hacia los centros salvajes ; llévame a adonde moran las fieras. Acampemos en las rocas cobrizas y rojas.

« Quiero levantar mi tienda sobre el hoyo de las serpientes. Mi tienda estará segura junto a los nidos de las culebras. Con ellas encontraré una seguridad que no dan los hombres risueños y miserables.

« Quiero estar lejos de los amigos en los que buscaba apoyo; lejos del amigo pérfido, lejos del traidor, del que velaba para arrastrarme al abismo.

« Mientras las arenas amarillas del desierto, se arremolinen como olas y el sol queme los altos picos del Sinaí, no me acercaré a ningún hombre ni comeré en sus mesas. Beberé con las fieras sobre los manteles del desierto. Seré desde ahora el amigo de las hienas; prefiero su saludo al de los hombres.

« Y que me destrocen las fieras y me azoten los vientos; y así hasta el fin de mis días. Que así sea para siempre. Que mi caravana no vuelva nunca. Marcha, caravana, para no volver... »

Y dió vuelta la cabeza por última vez para mirar a la adormecida Bagdad. Y odió más. Su frente se arrugó con surcos más profundos. Y se abrazó al cuello del camello. Acarició su piel áspera; besó sus ojos claros, dulces y mansos; y derramó lágrimas indómitas.

Rítmica, seguía la caravana, larga, susurrante, lenta. Iba hacia adelante, al desierto, en pos de horizontes nunca vistos, hacia la virgen lejanía...

Cuarto sura

Tal, como un pájaro negro y gigantesco, tendió la noche sus alas. Noche de alas tenebrosas, que cubrió la caravana, el camino y los campos de ilimitados horizontes, noche sin astros, sin luna, sin azul, cubierta de nubes sombrías; tinieblas entre tinieblas.

Terribles, como corceles desbocados, galopaban los vientos. Giraban en torbellinos furiosos; se mezclaban a la tierra; y levantaban el polvo de los campos hasta las nubes.

Bramaba el viento con voces de muerte, con rugidos de fiera, aullando, espantoso, y haciendo temblar la tierra y el cielo.

En las fronteras de la selva gemían las palmeras, como corazones desolados; pero el viento insensible seguía serpenteando lúgubre, y silbando por los pequeños valles, por los valles estrechos.

« Marcha caravana, que no te detengan los vientos, que no te amilanen los rugidos; camina, sigue hasta el fin del mundo ». Eran éstas las palabras que a sí mismo iba diciéndose Abú Maharí, el gran poeta.

« Podéis golpearme, vientos furiosos; estallad sobre mí, terribles borrascas; no os temo, no temo vuestras furias; no temo ningún mal.

« Heridme, golpeadme la cabeza. No conseguiréis hacerme regresar. Nunca volveré a las odiosas ciudades. Aborrezco a los hombres, enemigos de los hombres.

« Podéis acosarme, vientos. Nunca volveré a mi pueblo. No quiero ver más mi casa. ¡Desgraciados los que tienen un hogar! Están a él atados, como el perro al umbral de su casa.

« ¡ Oh, vientos ! Destruíd la casa de mi padre, destruíd mi casa; deshacedlo todo; dejad todo en ruinas. ¡ Haced volar su polvo por el ancho mundo ! Sólo el camino ilimitado puede ser ahora mi casa.

« Ya no amo sino la soledad. Las estrellas son mi techo. Mi hogar es la caravana. No quiero tener más compañeros que los camellos. Mi descanso será no detenerme ».

« ¡Llévame, camino desconocido ! Me atrae el hechizo perpetuo de tu imprevisto. Tú eres mi patria. Tú harás que pueda ir a donde nunca hayan ido los hombres ».

« ¡ Cuídate de los hombres ! ¡ Defiéndeme ! Estemos alerta, de pie, con la espada en la mano. Tus enemigos te despedazarán; y tus amigos son también tus enemigos ».

« Huyamos de los amigos que nos buscan para saciarse, mosquitos sedientos de tu sangre. ¡Sólo quieren tu sangre ! ¡ Son los amigos los que me han herido ! Su beso hirió mi corazón.

« Los besos son falsos. ¿ No sorprenden tu secreto y te esclavizan ? ¡ Falsos y viles son los amigos ! En mi alma murió todo mi amor; un amor ardiente como el sol.

« El amigo te envidia ; te espía ; está ávido de tus bienes; desea tu mal ; contribuye a tu mal. Piensa : los perros que te conocen no te ladran; pero te ladran los hombres que te conocen. »

Abú Lalá Maharí, hablaba así a su corazón. Los vientos, como genios enormes, soltaban carcajadas en la faz austera de Abú Lalá Maharí. Como genios del mal se burlaban de él, lo sacudían, tironeaban su turbante, se colgaban al ruedo de su capa, echaban polvo en sus ojos; y cortaban el hilo de sus meditaciones.

La caravana seguía. Los genios de la borrasca no conseguían detenerla. Seguía decidida, a pesar de la algazara de los númenes feroces. Sin desviarse, intrépida marchaba con los retintines de los cascabeles agitados. ¡Adelante! Adelante, era la fascinación, la meta inalcanzable.

« ¿Qué es el compañero?... no cesaba de pensar el corazón enojado de Abú Maharí.

« Fuí noble, y ¡ alimenté una serpiente! ¡ Un amigo íntimo! ¡Vuela caravana, sigue, no te detengas!

« No te detengas nunca; llega y parte. Mi buen camino, llévame; escóndeme! ¡ Qué nadie conozca mis torturas!

« ¿ Qué hemos dejado? ¿ Qué ilusión nos llama? ¿ La gloria? ¿ Tesoros? ¿ Poder? ¿ Dominio?... Vuela caravana; ¡ aléjate de todo!

« ¿ Qué es la gloria? La gente te alza sobre sus cuernos; y luego la misma gente te pisotea bajo sus pezuñas.

« ¿ Qué es el honor, el respeto, la consideración? Reverencian tu oro. Pero si resbalas, el mismo polvo de tus zapatos se cree un gran hombre y te hiere.

« ¿ Cómo no despreciar los tesoros que dan al necio garras para dominar el mundo, al genio y al amor? Su tesoro es sangre exprimida; es el poderío robado a los muertos ¡está hecho con las lágrimas de los huérfanos!

« Desdeño al vulgo. Es el mal mismo. Numen acosador es el vulgo, razón de la tiranía. ¿ Cuándo ha tolerado el vuelo de tu alma? ¿ Admite ideas superiores, ideales sublimes?

« ¿ Qué es la ley? La ley que bendice la gente, es la espada de los brutos poderosos.

La ley está suspendida sobre tu cabeza, ahora y siempre; está suspendida sobre tu débil cabeza; y sobre el pobre que asesina para defender al poderoso.

« ¡ Siete veces te odio, oh, autoridad ! Devoras, usurpas, eres el parásito ávido, fatal para los pueblos; eres la tramadora de las guerras.

« Eres diabólica ; peor que un verdugo. Tú aniquilas una después de otra, a todas las generaciones. Tu camino está sembrado de crímenes, de odios, de terrores.

« Es el monstruo que me apreta la garganta hasta ahogarme, el monstruo que ha clavado sus garras en mis sienes ; me ha puesto cadenas, he encadenado mis pasos. Ha puesto candado a mi lengua y candado a mi mente.

« Ella esclaviza a los hombres, los aplasta, y con el nombre invencible de patria, erige pirámides levantadas con millones de cabezas.

« Y la autoridad es todo : suyo es el derecho, la ley, la justicia ; ella misma es la conciencia. Es el bien y el mal. Y tú, tumba, tú no eres nada.

« Maldigo por eso la autoridad, la hiena rabiosa de mil garras. Ella te hace caminar y sangrar. Golpea al viejo y al niño.

« Hombres tímidos, con alma de esclavo, ¿ quién entregó su espada, y dió derecho a vengarse y matar ?

« Llévame, caravana, entrégame a las víboras, sepulta mi corazón miserable debajo de las arena ; llévame, líbrame de la feroz protección de la autoridad ».

Los relámpagos, con sus furiosos fuegos, deshacían a las amontonadas nubes que estrellaban sus melenas blancas contra las lejanas sierras.

Bramaba la tormenta azotando en su loca carrera a las palmas y a los cipreses. Y la caravana volaba...

Corría tan veloz como el rayo, volaba como las nubes, y llenaba de nubes de polvo el camino, como si huyese del puño rencoroso de la odiosa autoridad.

Vahan Tékéyan

Nació en Constantinopla, en el año 1877, un poeta delicado, espiritual y muy inspirado, Vahan Tékéyan. En Armenia se le considera uno de los poetas más talentosos del Siglo. XIX. Escribió : « Las preocupaciones », « La milagrosa resurrección », « De media noche a la aurora », y otras obras, todas de altísima calidad.

Las huellas

En vano han pasado los siglos... Sólo han dejado ruinas; y vestigios de la vida y de la gloria de los más grandes. Y un recuerdo alado que vaga sobre las ruinas, profundo y entristecido de sombras.

El pasado desciende aterrador. Baja a la tierra desde sus rudas montañas, perdidas entre nubes.

Han quedado algunas piedras, aquí y allá; algunas palabras; epitafio sobre una tumba ilimitada...

Y cuando, emocionado, quiero ofrecer mi corazón a los libres caballeros, antepasados mios, ¡oh, pobre esclavo! el pasado no me reconoce, y me encuentro solo, con el corazón hecho polvo...

La caravana

Espero la caravana que se dibuja en el horizonte, la ondulante caravana de camellos que perezosa se agranda a mi vista. La veo acercarse haciendo brillar sus frenos de plata.

Espero la caravana, con la sed insaciable que da el árido desierto. La espero con la sed en el alma.

La espero con avidez.

Ya el sol ha desaparecido en los campos. Ya llega el mar ondulante de la noche y el tintineo triste y melodioso de los cascabeles.

Oigo ya los cantos y los gritos de alegría de las mujeres y los niños....

Pero espero inútilmente.

Mis ojos lloran sombríos.

No veré nunca más a la que partió para siempre....

No la veo; y la espero....

Llueve, hijo...

Llueve... El otoño está húmedo como tus ojos, que el amor ha engañado. Cierra la ventana y la puerta, y siéntate a mi lado.

No hablemos...

Llueve, hijo mío. ¿Es así, como llueve a veces en tu alma? ¿No tiene frío también tu corazón?... Tal vez, cuando te acuerdas de los claros tiempos que ha destruído el destino en su ciega carrera; y cuando tu alma se eriza y tiembla...

Veo que lloras, hijo... Veo el brillo de tus lágrimas «espejeando,» en la obscuridad.

Lloras tu inocencia perdida. Lloras, porque aun no conoces la vida. Pobre hijo ignorante, llora para ser grande...

Siamanto

Atom Yarjanian era como se llamaba Siamanto. Nació en Eghin en 1878. Fue el primer poeta simbolista de Armenia, poeta de dotes excepcionales, vigoroso, brillante, original. Sus versos son de una valentía pocas veces alcanzada. Con palabras de sangre narró el martirio armenio y, los horrores, versificados y narrados tantas veces por los poetas de ese pueblo mártir. « Heroicamente », « Los héroes armenios », « Las antorchas de la agonía y de la esperanza » y « Las cartas sangrientas de mi amigo », son las obras más importantes de este poeta, al que se admira como poeta de genio y como patriota, en la acepción más perfecta del término.

La oración

Los cisnes de los lagos envenenados, desesperados, han emigrado esta noche.

Dos hermanas entristecidas sueñan con sus hermanos encerrados en los muros de la prisión.

Las batallas terminaron en los campos sembrados de lises.

Y en las catacumbas, las vírgenes salmodiando escoltan los ataúdes, con las cabezas inclinadas a la tierra.

—« ¡ Ah ! apuraos ; nuestros carros trágicos se hielan en estas tinieblas inicuas.

— « ¡ Apuraos ! Vamos a la capilla donde la vida es más clemente, a la capilla de la necrópolis, donde duerme mi hermano. ».

Un cisne viudo se crucifica en mi alma. Y allá abajo, sobre los muertos recién enterrados, una fina lluvia de sangre cae de mis ojos. . .

Una turba de lisiados pasa por los caminos de mi corazón ; y descalzos los acompañan los ciegos con la divina esperanza de encontrar un confesor.

Los rojos perros de los desiertos, después de aullar desesperadamente en las arenas, lloraron toda la noche por un mal incomprensible y desconocido.

Y la tormenta de mi pensamiento cesó con la lluvia. Cayeron las hojas de las gigantescas encinas, con gritos de agonía, como pájaros heridos.

Y bajo la luna sangrienta y solitaria, la noche tene-

brosa se hizo infitamente más desierta; y todos los muertos de nuestra tierra, anónimos, inmóviles, — estatuas de mármol — se levantaron para orar juntos...

Hrand Nazariantz

Hrand Nazariantz, el fuerte poeta simbolista, nació en Constantinopla el año 1880. Fue un poeta combativo y sensible. Escribió en forma musical, viva y evocativa. De él se ha dicho: « poeta oriental y occidental, novísimo y clásico apasionado y nostálgico ». Su obra, que ha sido muy difundida, no precisa en realidad de presentación, pues su fama es tan grande en el extranjero como en su patria. Escribió « Los sueños crucificados », « Vahakn », « El espejo » y "El canto de la tragedia cósmica".

Damos algunas de sus poesías, elegidas entre las que han alcanzado mayor celebridad.

La voz del fakir

Con voz emocionada y grave, dice el fakir a la virgen: Llegará el día en que tú no seas nada ni estés en este mundo.

Con manto de novia entrarás en la noche, hecha de innumerables noches. Y serás la amada de la luna que, blanca y sensual, irá a besarte al fondo de tus lozas.

Pero implacable, el destino velará todavía sobre tu mármol solitario y frío ¡oh divina virgen! Y entonces no serás nadie ni estarás en este mundo.

La tarde

La tarde es un lago un oro, rojo de sangre. ¡Oh, triste hermana! ¡Oh, hermana mártir! ¡Hermana huérfana como mí alma, triste, como una calavera! Eres la sacerdotisa paradisíaca de mí infierno. Como yo, te hundes en la sangre del ocaso.

Mí alma es un viejo rey destronado, delirante como mí raza perseguida; un rey que desciende a los caminos del odio. Hermana desconocida y dulce como la muerte ¡aléjate! callada y descalza. ¡Aléjate de esta sombra fatal!

Aun escuchas el rojo tintíneo, terrible quejido de campanas; aun oyes las viejas campanas de las aldeas lejanas.

¡Hermana! ¡Mí alma es una tarde roja de sangre. roja de crímenes espantosos y trágicos, una tarde de sollozos y cenizas!

El albatros

Tu alma es un pájaro salvaje y herido, ¡ albatros de alas de sangre ! Desafías el rayo, abrasador de las tormentas. ¡ Pájaro sin nido ! ¡ Viajero de las agitadas olas !

Con los ojos cerrados, viviendo su sueño, sin esfuerzo él vuela tan pronto sobre los abismos, o se lanza en la noche silenciosa, alargando su débil cuello al sol.

Incesante rueda el océano bajo su vuelo. Sin cesar sobre sus alas, la tormenta arremolina nubes. Y él, como un balancín sobre una roca, deleite de las desolaciones, señala el astro naciente.

Sin embargo, fuera de ese horizonte descolorido que azotan las olas, sus ojos húmedos no han conocido otros cielos; él, que pasea su sombra irritada por los caminos que traza el huracán.

En las tinieblas de esas comarcas sin auroras, donde gime el alma de los esclavos, donde maldicen la hora de su nacimiento, millares de labios devorados por ardiente sed, donde se retuercen las sombras de los cíclones humanos crispadas por el veneno del hambre delirante, tu alma, albatros audaz, como él, en espera de la tormenta, se lanza también de roca en roca . . .

Daniel Varoujan

Tchiboukiarian, conocido en el mundo de las letras, y en el mundo también, con el pseudónimo de Daniel Varoujan, nació el año 1884 en una aldea armenia: Pirknik de Sivas. Fue un poeta vigoroso y enérgico, social, sensual, viril y patriótico y, es considerado el más grande de los poetas armenios de los últimos tiempos.

Escribió poesías voluptuosas y delicadas, y junto a ellas, cantos guerreros, de tal modo vibrantes y de tanta envergadura, tan arrojados, tan valerosos, que, fueron ellos, según se dice, los que lo llevaron a la muerte, asesinado en el camino de Ayache.

« Canciones paganas » es una obra lírica personalísima e inspirada. Kurken Vahakn Aháronian, la juzga así: « Es obra original, donde el autor se ha desvestido de las influencias de literaturas occidentales y se acerca, con lirismo singular, a nuestra literatura nacional y pagana, donde la sensualidad se desborda en espirales rosados para entretejer el dolor y la alegría, la vida y el Más Allá, lo humano y lo universal.

« Ora es la epopeya que desborda en sus páginas; ora es el poeta revolucionario que fustiga a las muchedumbres humilladas de las ciudades oscuras; ora es el oficiante pagano que sube en las aras patrias para ofrendar a los dioses el holocausto de los toros de blancura nívea, y ora es el héroe que lucha en las batallas libertadoras ».

« El corazón de la raza » es una epopeya a la resurrección reivindicadora de la raza; arenga casi, y en ella el poeta nacional se apresta a la conquista de la libertad.

« La canción del pan » es — como se ha dicho — una apología de todos los elementos: campo, cielo, tractores, bueyes, segadores, hornos, de todo lo que entra en la confección del pan de cada día. Y se considera que es obra, no sólo grande en su medio, sino además obra mundial. Escribió también, « Estremecimientos » y « La matanza ».

Abandono

Que para siempre desaparezca el día que yo nací.

JOB.

Es de noche. Se alargan indefinidamente las sombras de los álamos de nuestro jardín. Es de noche. Solitario, triste, apoyado en el brocal, miro el fondo del pozo y lloro ...

En la casa, mi madre y mi abuela cantan despreocupadas, prensando uvas. A su alrededor los pequeños hermanos saltan, embriagados con el perfume de los racimos. Nadie sabe mi pena. Nadie sabe que, como una adormidera venenosa, crece en mi pecho una pena.

Nadie sabe de qué modo la desesperación me va llevando más y más a la muerte. Nadie sabe qué caminos hago para que no se disperse la ceniza de mi vida ¡que llevo ya en la palma de la mano! La tela de araña, que en silencio tejo sobre las ruinas de mi alma, servirá de telón a las miradas mortales.

Sólo tú conoces mi trágico destino, ¡oh descolorida luna! Tú sonríes melancólica en los pozos, y me llamas...

¡Sólo tú sabes de qué arcilla ponzoñosa ha sido hecho el cáliz en que bebo la vida! Y tú piensas en mi destino y te apenas. Cada lágrima mía que cae a la profundidad del pozo, turba tu rostro, y tú suspiras por mí.

Pero es demasiado pronto para hundir mis manos en la sangre ... Es también demasiado pronto, para morir en el corazón de los que suspiran cerca de mí

fúnebre existencia. Cuando devuelva yo a los dioses del Olimpo mi lira, que hace vibrar mi vida todavía alegre, con otras vidas apasionadas de sol; cuando cansado, el Dromedario de la esperanza pliegue sus rodillas en el desierto de mis días sin flores, entonces, pozo, amigo de mi alma, todos los que para mi buscan laureles, deberán volverse a tí. ¡Qué ellos también te busquen! Que vengan a tu brocal a tejerme una corona mortuoria. Pues ese día, maldiciendo el ciego beso de mi padre que creó mis días de duelo, volveré de nuevo a tí, a tus radiosas aguas de Nirvana en las que se purifica la caricia profana del sol, donde cada elemento se lava, donde cada cosa, vencida, deja liberada su alma, su alma clara, para entrar en el seno de la nada. A tí volveré de nuevo en una noche apacible, cuando mi madre cante y trabaje en la casa como hoy.

Sediento de muerte llegaré sin preocuparme de la hiedra que en tus rebordes se prenderá por piedad a mis vestidos y en tu misterio echaré mi cuerpo cansado y herido . . . Y mi madre oirá, súbitamente angustiada, mi grito supremo de agonía, que repercutirá entre tus piedras ennegrecidas, y se asomará. . .

Pero se habrán despertado tus ondas dormidas enterrándome con premura, y harán desaparecer todo rastro de la fatal caída. Tu silencio me cubrirá de nuevo con su desgarrada mortaja, y la luna deshecha por mi cuerpo, transformada en mil estrellas, recuperará su apacible forma primitiva y será sobre las aguas un gran nenúfar ensangrentado, germinación de mi alma suicida y, de la que nadie adivinará la raiz . . .

A la luna

¿ A dónde vas, blanca luna ?
— Llevo un rayo de luz a las chozas oscuras.
— Haces bien. Puedes ir. Cumple tu dulce misión.

— ¿ A dónde vas, preciosa luna ?
— Llevo leche, para los enfermos, en mis ánforas de plata.
— Eres buena, dulce luna ; cumple tu misión piadosa.

— ¿ A dónde vas, triste luna ?
— Te traigo los castos juramentos de tu amada.
— Has venido en vano, ¡ oh luna ! Vete.

Vahan Dérian

Dérian, como Bedros Tourian, murió muy joven, víctima de la peste blanca, el año 1920. Había nacido a principios del año 1885, del lado de la Armenia rusa. Tuvo las características más marcadas de los simbolistas, a cuya escuela perteneció y, hasta podemos creer que hay en su obra influencia de Verlaine y de Baudelaire. Dejó una pequeña gran obra, exquisita, extremadamente sutil y de una exagerada sensibilidad. Tenía talento y, se le reconoce como uno de los poetas más calificados de los últimos tiempos. El más admirado de sus libros de poesías, es: « Sueños del crepúsculo ».

Tú no has muerto para mí

Tú no has muerto para mí corazón, ansioso y sensible. Vives como un sueño. ¿Acaso tu radiante imagen no había sido siempre en mi desierto, una quimera?

No he dejado de amarte. No has muerto todavía. Aun te busco. Eres el más milagroso de los sueños. Y, ¡quién sabe si has existido en verdad!..

Mi corazón, turbado por el amor, aún te abraza entre transportes piadosos y santos.

¡Oh, mi hermana, mi enemiga, mi amada ideal! Aun te quiero... Para mí, todavía no has muerto.

———

Dos fantasmas

Soy yo, soy tú — yo y tú — en esta noche de ensueños; tú y yo, solos. Yo soy tú; yo no existo....

El pasado no existe; las angustias han desaparecido, no hay ni siquiera tiempo; sólo tú y yo: dos fantasmas, juntos y solos...

Se han evaporado las penas; han volado las sombras. Todo es luz. Todo es amor...

Soy yo, soy tú — yo y tú — en esta noche de ensueños; en esta noche, solos — yo y tú —; soy tú, yo no existo...

Junto al abismo

Hasta mí llega la loca canción del viento, ¡ oh música impresionante! de una pena sin consuelo.

Mi corazón sufre asomado al sombrío abismo. Sufre solo.

Una angustia sin límites me oprime. He olvidado los caminos del sol. No me acuerdo de la luz. ¿ Quién me ha entregado a las nieblas que me abrazan ?

Hasta mí llega la loca canción del viento. Como ella, tendría que llorar desesperadamente.

Asomado al gran abismo sombrío, estoy triste y solo. Está mi corazón triste y solo...

Quiero que me entierren...

Quiero que me entierren cuando el encendido crepúsculo se apague; cuando el sol declinante, bese con ternura las cimas plateadas de los montes; cuando el mar y la tierra se pierdan en las sombras.

Quiero que me entierren, cuando la noche melancólica haga cesar la ruidosa alegría; cuando muera la luz; cuando las flores sueñan, y el llano y la montaña se confunden en las sombras.

Quiero que sobre mi tumba se ajen suaves flores pálidas; que no me llore nadie; que nadie hable de mí. Quiero silencio, silencio, silencio para siempre...

Sévag

Del lado de la Tracia, en Silivri, nació el 15 de Febrero de 1885, una de las inteligencias más extraordinarias de Armenia, Sévag. Firmaba Roupen Sévag, pero no era ese tampoco su nombre, sino el que hizo famoso, Roupen Tchihinguirian.

A los veinticuatro años envió a su patria un pequeño volumen de poesías, escrito en Suiza, donde estudiaba medicina, en una de las universidades de Lausana, a orillas del lago Léman. Lo escribió bajo la impresión de los martirios de Cilicia, indignado y dolorido, y fue aquélla una poesía desafiante. Entró pues así como un turbión en la literatura, cantando con palabras arrasadoras, y una fama fulminante coronó la audacia y el genio de este joven poeta, pues « El libro rojo », hizo que el pueblo se inclinara ante su nombre, ya para siempre admirado y amado.

En 1914, tenía pronto para entrar en prensa dos obras más: « El caos » y « El libro del amor ». Pero la guerra europea, al estallar y repercutir en aquellas lejanas tierras, fue fatal para el poeta, que, hecho prisionero por los turcos, fue muerto, de tan terrible manera, que el hecho dejó en Armenia una herida que no cerrará jamás.

Los trovadores

I

Son los trovadores. Ved. Son ellos. Entusiastas, despreocupados, contentos, pasan cantando. Y las ventanas se entreabren; ancianos, mujeres y niños, poco a poco aparecen.

El calor del medio día no apura para ver a los trovadores.

Todos, hombres y mujeres, son de una familia errante y sin hogar. ¡Figuras extravagantes! perseguidas por un implacable destino. Son los grandes genios de la calle; ignoran la música que cantan; viven cantando y mueren con hambre. Son los trovadores.

Una sonrisa ensombrecida han helado en sus labios la desgracia, el dolor y los tornadizos vientos; una sonrisa triste, que conoce la vida. Con sus largas, enmarañadas, cabelleras blancas y sus trágicos gestos de payasos, parecen desafiar ingenuamente el mundo los trovadores.

Juntos, atravesaron sin prisa los viñedos del Pau, reidores y fecundos, para llegar a las rubias arenas, bordeadoras del Nilo, y a los montes Urales, y a las riberas tórridas y salvajes del país del fuego. ¡Cuántos compañeros fueron enterrados en su camino, por los trovadores!

Este siglo, de hierro y de máquinas, no logró transformar sus almas sensibles; y en las codiciosas, interesadas ciudades, camaradas íntimos de la miseria,

viven una existencia independiente y primitiva, porque son los libres, legítimos, hijos de la naturaleza, los trovadores.

II

Llevadme con vosotros. Llevad de país en país mi pobre corazón enlutado. Vivamos riendo, lloremos cantando, como este globo terrestre que gira. ¡ Qué ruede sin tregua nuestro cuerpo inútil ! Son los permanentes, sombríos peregrinos, los trovadores.

Somos nosotros pues, los poetas ; somos nosotros los príncipes de la canción, desterrados para siempre, adornados con nuestros harapos de muselina; somos nosotros los hambrientos y somos los altivos dioses antiguos; somos nosotros los incomprendidos y los trágicos ; nosotros somos los poetas ¡ somos los verdaderos trovadores !

Con nuestras heridas componemos nuestros cantos, nosotros ¡ los flagelados por un cruel destino ! Y cuando los otros con sus excesos se sacian en la mesa de los festines, nosotros, guiados por la Musa, vamos con la Muerte famélica, pues somos los vástagos torpes de la vieja humanidad, nosotros, ¡ los trovadores !

Pero ¡ qué importa ! tenemos un corazón rico ; es nuestra la inspiración, don de los cielos ; son nuestra las praderas húmedas y los crepúsculos silenciosos, las rosas fragantes y el río murmurador ; y ¡ es nuestra la brisa nocturna de los cementerios ! Somos semejantes a los dioses antiguos, nosotros, los trovadores.

Nuestra pluma despreocupada se burla de las glorias pérfidas de este infame mundo; sin abrigo y tristes, con la lira en la mano, no envidiamos su suerte al castellano. Igual que los caballeros sin miedo, hablamos libremente, vivimos muriéndonos y, moriremos inmortales, nosotros, los trovadores.

¿ Precisa la humanidad tener bufones ? Hemos puesto en venta nuestros corazones, improvisamos canciones para la plebe, con nuestras penas, con nuestro duelo, con nuestro amor traicionado. ¿ Quién ha dicho, que no se muere sino una vez ?... ¡ En este viejo mundo, morimos cada día, nosotros, los nuevos trovadores !

¡ Qué nos importa que los demás sonrían, ni que importa el cobarde abandono, ni el hambre deprimente ! Como el Pastor amoroso con sus rebaños, estamos seguros nosotros también de poder conducir a la humanidad entera al son de nuestra flauta pastoral, pues pertenecemos a un arte que hoy ya no existe, ¡ los vivos trovadores !

¡ Cómo oh Dios, han cambiado los pueblos ! Han destruídos una a una, sus sublimes obras. Si tienes corazón, ¡ haced sus funerales ! El ruido pérfido del oro lo ha invadido todo ; y sólo nosotros soñamos con un amor libre. Pero, ¿ quién querría amar a los trovadores ?

Has muerto, tú, arte antiguo y sagrado cuando todavía los cantos acunaban la vida, y cuando felices, errantes, exaltados, vestidos con sus largas túnicas de púrpura, y cantando con la lira divina de los bosques, iban de castillo en castillo, los trovadores.

III

Pienso en Homero, padre de los aedos, que bebía en las fuentes de los mismos dioses y que con su arpa, de ciudad en ciudad, iba cantando la gloria de los héroes. Pienso en los millares de trovadores que han atravesado los siglos. ¡Me acuerdo de los rapsodas de la región de Koghṭan!

Pienso ¡sí! en ellos. Y, silencioso, y desorientado miro por la ventana a estos miserables que cantan y bailan sin deseos. ¿Por qué? El arte está en la picota, porque el dinero lo manda. ¡Han muerto ya los antiguos, divinos siglos! Y los trovadores tienen que mendigar ahora, tienen que mendigar para hacer reir al mundo!

Helos ahí, cantando todavía bajo el sol quemante de las encrucijadas; y cuando las mujeres y los niños, cautelosos, se acercan por los estrechos senderos, el aedo — su patriarca de cabellos blancos, callado, va pasando con su sombrero tendido — ¡Dad! Son de estos tiempos nuevos, los nuevos trovadores.

Missac Metzarentz

Missac Metzarentz, poeta calificado del simbolismo armenio, nació en Pinkian el año 1885 y murió en Constantinopla a principios del Siglo XX, a los veintitrés años. Su poesía armoniosa, musical, dulce, tiene un espléndido colorido. De él se ha dicho: « Es el poeta del paisaje y de las flores, de los colores y de los susurros. El bosque en él ejecuta su sinfonía más prodigiosa, el colorido en él se bendice, y sus descripciones de las rocas asoleadas y empañadas por el serpenteo argénteo del río, hacen recordar los cuadros más famosos de los grandes impresionistas. Es un poeta fiel a las costumbres armenias, un poeta folklórico, y es original en su panteísmo de la concepción del universo ». Sus obras, « Odas nuevas » y « Arco Iris », muestran su emotividad de excepción, y un talento triste, anunciador tal vez de su destino.

Está la noche dulce

Está la noche dulce, voluptuosa noche de «haschich» y de bálsamo. Ebrio, sigo el radiante camino de esta noche dulce, noche fascinadora.

Besos de fuego, llenos de color, traen el viento y el mar.
En mi alma, esta noche, es la fiesta de Dios.
Besos de fuego, traen el viento y el mar.

Pero en mi alma, el encanto se apaga poco a poco. Mis labios tienen sed de un beso único... Está la noche alegre y joyante; pero para mi el encanto se apaga poco a poco...

Karnig Kéléchian

Karnig Kéléchian nació a fines del Siglo XIX en la Armenia caucásica. Es uno de los simbolistas orientales de más categoría. Su poesía es inspirada, viva y fuerte, aunque manteniendo —como a despecho suyo— el sello de una modalidad triste, soñadora y desencantada. Traductor de muchos de los grandes poetas franceses, ha sufrido su influencia. Entre sus obras cabe citar, en primer término: "Poemas populares", "Tres poemas", y "Poemas en prosa".

Forjad balas

Forjad, forjad balas.
Hay tantos y tantos jóvenes pechos...
Forjad, forjad balas.

Trenzad coronas y coronas.
Hay tantas flores en los campos...
Trenzad coronas y coronas.

Tocad marchas funerarías.
Hay tantos y tantos muertos...
Tocad marchas funerarías.

Mateo Zarifian

Entre los poetas armenios de los últimos años del Siglo XIX, Mateo Zarifian ocupa un sitio privilegiado. Perteneció a la escuela simbolista en la que floreció una pléyades de espíritus superiores. Pero su vida corta impidió que realizara la obra que correspondía esperar, dejando sólo dos volúmenes, en los que puede apreciarse su talento poético. «No sé por qué ese corazón me oprime como un sepulcro abierto», dice Ochagan. Sus obras, tituladas: "Canciones de nostalgia y de paz" y "Canciones de vida y de muerte" y algunas poesías dispersas en las revistas, constituyen su bella y breve obra. Nació en 1894, en Constantinopla, y murió en la misma ciudad, en una clara noche de abril, del año 1924.

Niña blanca

Niña blanca, a mí oído murmuraste:

—Querría ser tu pequeña amada melancólica.

Que así sea. Pero, escucha la queja de la selva, a la que los vientos del otoño han robado su sueño altivo.

Y mi corazón es como la selva.

Pena callada

De su faz blanca cae una lágrima a mí mano helada.
En el sombrío silencio, sus ojos expresan la tristeza
impresionante de la nada.
« ¿Por qué, hermanita, por qué? ;
Otra lágrima cae sobre mí mano helada.
¿Qué pasa? ;
En sus ojos se refleja ya mí noche abismal.
« ¡Cómo te quiero, hermanita! » ;
Silenciosa, solloza sobre mí pecho enfermo...
¡Ten piedad de nosotros, Dios mío!

Elíseo Tcharentz

Nació Elíseo Tcharentz el año 1897. Es un poeta revolucionario; libre para pensar y libre para escribir, de ideas propias, que no pertenece a escuela alguna y cuyo talento se impone sin orden y sin reglas.

Amo a mi dulce Armenia

Amo el verbo soleado de mi dulce Armenia; amo el matiz plañidero y lloroso de nuestra antigua viola, y el embriagador perfume de esas rosas nuestras, flores color de sangre. Amo la danza cadenciosa y lasciva de las hijas de Naïr (1); amo nuestro cielo azul, nuestras claras aguas y nuestro lago encendido, y el sol del verano, y los impetuosos vientos del invierno, y nuestras cabañas de ennegrecidos muros, perdidas en las tinieblas. Amo las piedras milenarias de nuestras ciudades históricas... Y esté donde esté, no olvidaré nunca nuestros cantos elegíacos y nuestros libros góticos, que las plegarias han bendecido. Y aunque dolorosas, profundas heridas abran mi corazón, no olvidaré a mi Armenia, huérfana desgarrada.

Para mi corazón ardiente no existe más grande hechizo, ni genios tan radiosos como los de Narek y Koutchak... Para mí, en el mundo entero no se eleva una cima más blanca que la del Ararat. Yo amo el camino de Massis (2) ..... camino de gloria eterna.

---

(1) Nombre antiguo de Armenia.
(2) Nombre armenio del Monte Ararat.

Sacrificio de fuego

Nada nos dió la angustia azul. Es oscuro y grande el misterio, oscuro el infinito de la vida. Pero en el sombrío enigma arden mil fuegos, y el alma se inclina en mil plegarias.

Entendí y sé que el mundo es una canción sonora, que es ardiente como un bóreas encendido; canción cálida que desflora el alma con labios de sed. ¡ Cuántas puertas lejanas y cerradas hay en ella! ¡Cuántos cielos inmaculados y transparentes!..

Sin embargo la angustia azul, no nos dió nada, nada...

---

* * *

Cuando miro vuestra faz y miro vuestros dedos de vidrio, y en la faz destellos tal vez de un sol lejano, mi corazón siente el dolor sutil de la manteleta que sueña en vuestros hombros; siente la pena de la desconsolada seda; siente la realidad de la nostalgia sin palabras, y siente también el tedio sin fin del té que bosteza adormilado y el pesar verde de los suntuosos aposentos, que tanto mal nos hace.

Ohannés Boghossian

Ohannés Boghossian nació en el año 1889. Es un poeta emotivo, dulce, de una rara ternura. Su obra es extensa, y está llena de gracia, de intensidad y de recuerdos. Es poeta de corazón. Su primer volumen, titulado "Para los que amo", da ya el tono de su sensibilidad, y es como un estado de alma.

El dedal

¡Es ahora una reliquia para mí! Lo olvidó mi madre al dejar la ciudad. Y desde que no lo acarician sus manos, se ha oxidado, como mi corazón.

Pequeño dedal empañado, que basta a llenar una sola de mis amargas lágrimas, cada vez que, angustiada, se inclina mi frente al pensar en las manos benditas de mi madre.

¡Cómo ha cambiado, él también! Era brillante como la voz de mi madre que cosía cantando. Pero, él, antes saltarín, ya no puede escaparse de sus dedos...

Como yo, ahora espera. Sólo sus caricias podrían dar vida al querido dedal, compañero de mis días de soledad.

(El soneto fue dedicado por el poeta a su madre, que murió, prisionera de los turcos, como sus hermanas, y tantas otras mujeres en los días de las grandes deportaciones armenias, el año 1915).

INDICE

ÍNDICE

Págs.

EL PERIODO PAGANO

LA EDAD DE ORO

EL SIGLO DE PLATA

PERIODO POPULAR

CANTOS POPULARES

PERIODO DE DECADENCIA

PERIODO NEOCLASICO

Págs.

Págs.

FE DE ERRATAS

Págs. N.º	Línea N.º	DICE	LEASE
9	5	la casa de Thorgon,	la casa de Thorgom,
10	14	Alcides y Chah-Namé.	Alcides del Chah-Namé.
11	17	Kamar Katiba	Kamar Kathiva
11	22	Anais	Anaïs
20	15	Arán	Arám
26	6	Sahak Bartev	Sahak Barthev
89		En el título: Naghache Hovnathan	Nakàsch Hovathan
89	1	Naghache	Nakasch
89	2	Hovnathan	Hovathan
107	6	Nalbatian	Nalbantian
107	10	Vopérian	Vorperian
107	16	Nazariantnz	Nazariantz
109	8	Moscou	Moscú
127	13	Moscou	Moscú
148	17	Su corazón es flor,	Yo digo: Su corazón es flor,
159	1	Zabet	Zabel
175	12	Era una noche sombria Hermanos y hermanas	Era una noche sombría; hermanos y hermanas
183	8	rosa viva.	a su rosa viva.
191	9	se oye aquí también	se oye en éste también
195	18	«El rosal de Armenia»	«La Rosalera de Armenia»
207	4	Kurken Vahakn Aháronian	Kourken Vahakn Aháronian
207	7	contusiones	contorsiones
218	4	peor que un verdugo.	eres peor que un verdugo.
235	13	Kurken Vahakn Aháronian	Kourken Vahakn Aháronian
247	5	Roupen Tchihinguirian.	Roupen Tchilhinguirian.
251	19	¡los vivos trovadores!	nosotros, ¡los vivos trovadores!

Obras de la autora

1931 — MIS CUARTOS DE HORA (Inédita).

1934 — A MEDIA VOZ. (Editorial Alfar). Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.

1938 — ENTRE LINEAS. Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.

1940 — CRISTALIZACIONES. Premio de Honor en el Concurso Americano de la Biblioteca de Matanzas, Cuba.

1943 — REYLES (Biblioteca de Cultura Uruguaya).

1944 — ANTOLOGIA DE LOS POETAS ARMENIOS.
